

I

MÁRTIRES TRINITARIOS DEL SANTUARIO DE
NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
(Villanueva del Arzobispo)

1. El Santuario de la Fuensanta y su comunidad trinitaria

A cien kilómetros de la Capital del Santo Reino, Villanueva del Arzobispo es un delicioso contraste de paisajes y suelos: en su término municipal coinciden los impresionantes paisajes montañosos y húmedos de la Sierra de las Villas, con su Guadalquivir mozalbete, la depresión rojiza del Guadalimar, lindando con la comarca del Condado de Santisteban, y las onduladas tierras de la Loma de Úbeda. Mar de olivares: esa es la visión que ofrecen los campos de Villanueva, poblados por un millón de olivos de lozanía proverbial, en cuyo cultivo confluyen la sabiduría de culturas y siglos, hechos tradición de aceite, noble y sabroso.

La población aparece situada en las faldas de un monte sobre el que se asienta Iznatoraf, antiquísima villa de gloriosa historia y sonoros linajes. De Iznatoraf se independizaron sucesivamente sus aldeas: La Moraleja, llamada Villanueva del Arzobispo desde 1396, en que el arzobispo de Toledo, don Pedro Tenorio, le concedió su

emancipación; la Torre de Mingo Priego, que pasó a llamarse Villacarrillo en 1449, tras su desmembración de Iznatoraf por el mitrado don Alfonso Carrillo de Acuña; en 1595 llegó su turno a Sorihuela del Guadalimar, declarada villa independiente por Felipe II. Son las Cuatro Villas, esto es, los cuatro municipios del antiguo Adelantamiento de Cazorla (señorío dado por el rey Fernando III a la mitra toledana) situados al norte del río Guadalquivir.

Tiene el escudo de Villanueva las armas que le diera «su arzobispo»: Santa María (aquí, la Madre de Dios se llama de la Fuensanta, y como a tal se la representa) y el león de los Tenorio. Si me concedieran licencia para poner lema al escudo de mi pueblo, yo le daría el de «Muy Cristiana, Marianísima y Literaria Ciudad», a pesar de que no casara con los estrictos clichés de los motes heráldicos. Son tres palabras que resumen perfectamente la idiosincrasia, la identidad de Villanueva.

Cristiana, porque sí. Villanueva tiene fama de pueblo devoto, y se la ha ganado a pulso. La historia de sus gentes es la de una comunidad cristiana que ha vivido su vida en coordenadas de Evangelio, y su cultura no se entendería sin sus expresiones de fe. Lo eclesiástico resuena hasta en el apellido. Las moles de su Parroquia de San Andrés dominan la estampa del pueblo, recordando a los hijos de los tiempos su carácter de madre de su historia. Pero sobre todo, uno no acierta a explicarse del todo cómo en un pueblo,

que nunca fue ni chico ni grande, se haya dado tan gran número de fundaciones de conventos: de varones, Carmelitas Descalzos (dos casas), monjes Basilios, Trinitarios, Jesuitas y Ermitaños; de mujeres, Franciscanas, Dominicanas, Hermanitas de Ancianos Desamparados, Hijas de Cristo Rey e Hijas de San José forman el mosaico de la historia de la vida consagrada de Villanueva del Arzobispo.

Marianísima, porque Dios lo quiso y lo dispuso de tal manera que en el manso lugar en el que se juntan la Sierra, la Loma y el Condado, el Guadalquivir rinde por primera vez pleitesía a Santa María en uno de los santuarios más bellos y antiguos de Andalucía y aún de España: la Fuensanta. La Virgen morena de nombre blanco, de ojos grandes y porte de reina graciosa, es la Señora indiscutible de esta tierra, Patrona de las Cuatro Villas, Reina del Olivar y Alcaldesa Perpetua de la Ciudad.

Literaria, porque al embrujo de lo sabroso de la tierra, vinieron por las sendas de los huertos y se recostaron a la sombra de los avellanos, cabe las fuentes, las mejores plumas de la literatura castellana. Villanueva no es para la prosa, sino para la poesía. Por eso, calló Cervantes cuando pasó por este pueblo, recolectando impuestos para la Invencible. Pero sonó fuerte la lira de san Juan de la Cruz, que en el convento de El Calvario (sí, se encuentra en este pueblo del que les hablo) compuso buena parte de la cumbre de la lírica castellana: el Cántico Espiritual. Ya había

dedicado Alfonso X una cantiga a la Virgen, relatando un milagro de tiempos de reconquista en el Castillo de Chincoya, el mismo que siglos después recrearía Lope de Vega en su *Divina Vencedora*. Jerónimo Gracián se dejó caer por estos pagos en su deliciosa «Peregrinación de Anastasio», y desde Cádiz mandaría Pemán un soneto encendido a la Fuensanta, «almendra dulce de tu sol tostada». Y aquí, en Villanueva, nació para el humanismo cristiano de España uno de sus más completos autores, el sabio dominico fray Domingo de Valtanás, prolífico escritor y fundador de conventos, hombre libre de vida recia, atormentada por aquellos que, con el dedo, silencio avisan o amenazan miedo.

Una tradición venerable y muy arraigada en la comarca cuenta que, en tiempos de la dominación musulmana, en Iznatoraf existía una comunidad mozárabe con una gran devoción hacia la Virgen María. La mujer del alcaide o reyezuelo, de natural compasivo, a espaldas de su marido frecuentaba a los cristianos y los socorría en sus desgracias, recibiendo de ellos explicaciones sobre la fe cristiana, quedando admirada de las glorias y excelencias de la Madre de Dios. Habiendo sido delatada a su esposo, con la acusación de haberse convertido al cristianismo, éste (llamado por la tradición *el rey moro Alimenón*) mandó que la llevaran a un bosque, a unos cuatro kilómetros de Iznatoraf, y que allí le cortaran las manos y le sacaran los ojos, condenándola a morir desangrada en aquella soledad.

Habiéndose ejecutado la sentencia, la mora invocó a Santa María quien, haciéndose presente en aquel lugar, hizo brotar una fuente, en la que invitó a la mora a bañar sus heridas. Hízolo, y recuperó manos y ojos, contemplando a la Virgen, quien le mandó subir a Iznatoraf y presentarse a su marido, invitando a que ambos se bautizaran en la fuente y levantaran allí un templo en su honor. En él se habría venerado a la Virgen María, cuya efigie fue trasladada durante un tiempo al cercano castillo de Chincoya, en la Sierra de las Cuatro Villas, donde hizo otro milagro que Alfonso X narra en la Cantiga 185 (*Poder a Santa Maria*).

En esta tradición encuentra su origen ideal el Santuario de la Virgen de la Fuensanta, uno de los más antiguos de España. Ciertamente ya existía en 1291, y como un importante centro de peregrinación en las tierras de frontera, como lo demuestran las gracias e indulgencias concedidas por Nicolás IV en ese año con la bula *Vite et usque*. El templo de tres naves, de estilo gótico con reminiscencias románicas, a su capaz capilla mayor o presbiterio (con preciosa azulejería mudéjar medieval a la que se ha añadido una equivocada continuación en el siglo XX) tiene adosado un camarín barroco del XVII en que se venera la imagen de la Virgen de la Fuensanta.

Varias familias religiosas se han sucedido a lo largo de la historia del Santuario. Tras breves experiencias de convento carmelitano descalzo y de monasterio de monjes

basilios, Urbano VIII lo erigió en abadía secular, mediante bula de 8 de diciembre de 1625. En la segunda mitad del siglo XIX moraba en él una pequeña comunidad de ermitaños, que acabaron yéndose a las Ermitas de Córdoba a la llegada de los trinitarios.

El año 1879 vio la restauración de la Orden Trinitaria en España (que había desaparecido en 1835 por la Desamortización de Mendizábal), abriendo su primera comunidad en Alcázar de San Juan. A ella se incorporó, en 1882, un anciano sacerdote llamado Juan Herencia, que durante 21 años había sido cura de Iznatoraf. Religioso trinitario exclaustro, al saber que su Orden había vuelto a constituirse en España, abandonó Iznatoraf para volver a vestir el hábito tricolor. Viendo cómo la comunidad trinitaria de Alcázar crecía rápidamente, llegando a contar con cuarenta religiosos, y pensando éstos en abrir una segunda fundación, el P. Herencia sugirió que bien podía ser en el Santuario de la Fuensanta de Villanueva del Arzobispo.

Gracias a don Tomás Millán Bueno, rico hacendado villanovense y devotísimo de su Patrona, la idea se pudo llevar a efecto. Efectivamente, éste hizo a sus expensas un convento junto al Santuario, de nueva planta, del que tomaron posesión los trinitarios el 29 de septiembre de 1884, quedando como primer presidente de la comunidad el P. Mariano de San José. El 13 de abril de 1885, el convento de la Fuensanta fue declarado por los superiores mayores de la Orden como

colegio mayor de filósofos y teólogos. Así, a los pocos meses de abrir esta nueva fundación, la comunidad villanovense quedó constituida por 24 miembros, entre padres, estudiantes, hermanos y donados.

La actividad de los religiosos en Villanueva estuvo encaminada, desde el principio, al cuidado del culto de la Virgen y a la propagación de su antiquísima cofradía, cuidando también de la instrucción de los niños de las familias campesinas y del ministerio sacerdotal en el Santuario, en Villanueva y lugares comarcanos, destacando especialmente la labor del P. Juan de Santa Teresa en las apartadas cortijadas de la Sierra de las Villas, razón por la que se le apodó *el Apóstol de la Sierra*.

2. La persecución religiosa en Villanueva del Arzobispo. Detención de la comunidad trinitaria del Santuario.

Los efectos del ambiente hostil hacia la Iglesia, evidente en España desde la instauración de la II República (1931), también se dejaron sentir en Villanueva desde el principio, sobre todo bajo la forma de un difundido temor, procedente de las impresionantes noticias del incendio de iglesias y saqueo de conventos ocurridos en mayo de 1931, en Madrid, Sevilla, Cádiz, Valencia, Alicante y Murcia. Fue el temor el que hizo desistir de celebrar la que se preveía como una de las fiestas religiosas más trascendentales de la historia

de la comarca, la coronación de la imagen de la Virgen de la Fuensanta, programada precisamente para aquel año, y pospuesta sine die, para tiempos mejores.

De los primeros tiempos republicanos nos quedan dos episodios que, dentro del tenso ambiente social vivido en Villanueva, nos revelan la existencia de una animosidad contra el elemento eclesiástico. Por una parte, el 12 de junio de 1931, en la Plaza Mayor, la Guardia Civil disparó contra un grupo de obreros; se añadieron a éstos algunos tiros disparados con escopetas de postas y perdigones desde balcones de casas particulares. El resultado de estos sucesos fue de dos muertos y varios heridos. El *Día de los tiros* (como ha pasado a ser conocido en la memoria del pueblo), exacerbó los ánimos hasta lo indecible, sobre todo entre la clase obrera, que sufría de una situación de paro forzoso desesperante. En ese ambiente, se inculcó y difundió el falso rumor de que, entre quienes dispararon desde los balcones de la Plaza, había sacerdotes. El otro episodio al que hacemos referencia tuvo lugar en noviembre de 1932. En cumplimiento de una disposición testamentaria, el párroco de Villanueva, don Matías Molina de la Poza, se dispuso a acompañar por la vía pública un entierro. Cuando estaba recitando las plegarias del ritual en la puerta del domicilio del difunto, comenzó un tiroteo contra los circunstantes, en el que resultó herido el sacerdote y un acompañante, y muerto uno de los asistentes.

En 1936, tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones generales, el temor hacia una persecución religiosa volvió a hacer su aparición. Se había pensado en celebrar en este año la coronación de la Patrona, que de nuevo volvió a suspenderse. Los rumores de que se iba a desatar de un momento a otro una cruel persecución religiosa eran de dominio común. Así, hay noticias fidedignas de que varias personas insistían a los religiosos trinitarios de que pensarán en abandonar el Santuario, por lo que pudiera pasar; y de que a los sacerdotes de la parroquia de San Andrés y a las monjas dominicas del convento de Santa Ana se les aconsejó que ocultaran las imágenes y ornamentos de mayor valor, temiendo su destrucción inminente. Mientras que el clero parroquial hizo caso omiso de las indicaciones, las monjas lograron salvar buena parte de la orfebrería, ornamentos de tela y pinturas antiguas sobre lienzo, sacándolas del convento, ocultando todo entre los servicios de lavandería y zurcido que realizaban para familias del pueblo.

Tras el estallido de la Guerra Civil, fue cuestión de horas el inicio de la persecución pronosticada. Fueron detenidos la mayoría de los sacerdotes seculares presentes en Villanueva y llevados a prisión: el párroco, don Matías Molina de la Poza, el coadjutor don Vicente Vañó Crespo, y don Leandro Bago Bueno fueron asesinados el 26 de julio; el siervo de Dios don Francisco López Navarrete, párroco de Orcera, fue arrancado de su domicilio, donde se

encontraba gravemente enfermo, siendo martirizado el 28 de agosto; don Alfonso Navarrete Crespo lo fue el 11 de septiembre; don Cristóbal Muñoz González el 11 de octubre. Don Joaquín Montoro Rodríguez logró sobrevivir, falleciendo el 25 de febrero de 1940 a consecuencia de las secuelas de los enormes sufrimientos que le tocó vivir.

La iglesia parroquial de San Andrés fue profanada, destruyéndose su riquísimo patrimonio histórico-artístico de imágenes y ornamentos, su precioso órgano tubular y su archivo parroquial, considerado por aquel entonces modélico en la diócesis de Jaén. Igual suerte corrieron el resto de iglesias de la localidad, lamentando pérdidas patrimoniales importantísimas en el Convento de Santa Ana; la ermita de Nuestra Señora de la Cabeza, del siglo XVI, fue derribada. Por lo que toca al Santuario de la Fuensanta, nadie había osado tocar a la Patrona, hasta el 18 de agosto, en que quemaron la antiquísima imagen de la Virgen junto a las demás imágenes y ornamentos sagrados del templo mariano, biblioteca y archivo del Santuario. Curiosamente respetaron los retablos, el armonio y las pinturas murales barrocas del camarín.

La persecución se llevó hasta los hogares, requisando las imágenes sagradas y libros religiosos para su destrucción, cosa por la que hubo una auténtica obsesión; hay interesantes noticias de la organización de escondites de imágenes y cuadros religiosos por parte de familias de la Cañada de la

Madera en cuevas de la Sierra de las Villas. Era muy peligroso usar los saludos tradicionales de «adiós», «Dios os guarde» o «andad con Dios», o las expresiones «si Dios quiere», «ay, Dios mío» y otras similares. En la documentación oficial se llegó a usar el nombre de «Villanueva de la F.A.I.» para evitar el apellido eclesiástico de la población, que hace referencia a don Pedro Tenorio, emancipador de Villanueva.

Por lo que toca a las cuatro comunidades religiosas de la población, se dejó en sus conventos a las Hijas de Cristo Rey, que regentaban el Colegio-Orfanato, y a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados, al cargo del Hospital-Asilo, por la insustituible labor social que desempeñaban. En los últimos días de julio de 1936, las monjas dominicas fueron expulsadas de su convento de Santa Ana. La escena de la expulsión resultó de una solemnidad y dignidad impresionantes. Las monjas, en dos filas, con sus hábitos y con los mantos echados por la cara, fueron saliendo del convento entre el silencio de la masa que aguardaba expectante en la plaza del convento. Resultó que uno de los jefes de los milicianos era familiar de la priora, y al salir la comunidad gritó: «¡A quien toque a las monjas me lo como!». Nadie osó molestarlas, y juntas se recluyeron en una casa alquilada de la próxima calle Santo Domingo, donde pasaron el tiempo de la Guerra. Recuerdo haber oído contar a mi abuela paterna cómo su padre, mi bisabuelo Julián, fue a buscar a su hermana, sor Espíritu Santo

(Gallardo), para llevársela consigo, en familia; ella se negó, diciéndole tranquilamente: «Yo soy monja, y de mí será lo que sea del resto de la comunidad». Pasados los tiempos de la contienda, pudieron regresar a su convento.

Vengamos a nuestro argumento, la comunidad trinitaria del Santuario de la Virgen de la Fuensanta. Estaba compuesta, a la sazón, por los padres José de Jesús María (superior), Mariano de San José, Matías de Jesús Nazareno, Vicente de la Purificación, y el hermano fray Lázaro de la Virgen de la Fuensanta.

El día 21 de julio de 1936 subió al Santuario un numeroso grupo de milicianos; reunieron a la comunidad, conminándoles a «que entregaran las armas». Los frailes respondieron que ellos no tenían armas. Acompañados de los padres José y Matías, los milicianos registraron el convento, buscando el pretendido armamento, que no encontraron. Así las cosas, procedieron a abandonar el Santuario, amenazando a los frailes con que sufrirían las consecuencias de su negativa, si no se decidían a entregarles las armas.

Al día siguiente, 22 de julio, por la mañana, volvieron a subir los milicianos al Santuario. Reunieron a la comunidad en la portería, y dieron a los padres por detenidos; fray Lázaro se encontraba en el pueblo, haciendo las compras. En un camión bajaron a los cuatro padres a los grupos

escolares, habilitados como cárcel. Allí fueron objeto de burlas, amenazas y palizas.

A continuación trataremos, individualmente, de los dos mártires trinitarios de Villanueva, P. Mariano de San José y P. José de Jesús María. Del resto de la comunidad, decir que el P. Vicente de la Purificación (Olano y Zamalloa), de 62 años de edad, y el P. Matías de Jesús Nazareno (López Gómez) fueron trasladados, vestidos con monos de mecánico, a la Catedral de Jaén (habilitada como cárcel). El P. Vicente, anciano y enfermo, murió allí el 15 de noviembre sucesivo; los restantes presos de Villanueva del Arzobispo le costearon el entierro, como muestra de cariño y aprecio. El P. Matías fue trasladado a la cárcel de Totana (Murcia), donde estuvo hasta el final de la Guerra; vuelto a la Orden, murió en el convento de Laredo (Cantabria) en 1946. Por lo que respecta al hermano fray Lázaro de la Virgen de la Fuensanta (Méndez Roderó), natural de Villanueva del Arzobispo, fue acogido por su familia; al finalizar la Guerra se reincorporó a la comunidad trinitaria de la Fuensanta, donde murió en 1967.



*3. El Beato Mariano de San José
(Altolaquirre Altolaquirre).*

El calvario de un anciano y bondadoso religioso.

El Padre Mariano es el más anciano de los mártires trinitarios, razón por la que su nombre encabeza al de todos ellos en la causa de beatificación. Los detalles del martirio de este hombre, de casi 79 años de edad, son estreme-

cedores; la consideración de sus sufrimientos físicos y morales no deja indiferente a nadie.

Su nombre de pila era Santiago. Había nacido en Yurre (Vizcaya) el 30 de diciembre de 1857, hijo de Francisco y de Francisca Ignacia. Fue bautizado el mismo día de su nacimiento, y recibió en su hogar una profunda formación cristiana. Siendo niño fue a Begoña, donde ayudaba diariamente a misa en la iglesia de las monjas clarisas como monaguillo. Un día, después de misa, se le acercó un caballero que le entregó una estampa del trinitario san Miguel de los Santos, preguntándole si le gustaría ser fraile. Le dijo que tenía una lista de cuatro jóvenes que iban a entrar en la Orden Trinitaria; Santiago le contestó: «Añada usted mi nombre a esa lista, y ya somos cinco».

El único convento de los trinitarios españoles estaba en Roma: San Carlino de las Cuatro Fuentes. Santiago llegó a Roma el 20 de septiembre de 1872. Tenía 15 años de edad. Recibió el hábito el 15 de octubre de 1873, cambiando su nombre por el de Mariano de San José. Se mostró desde el noviciado como persona de gran humildad y sencillez. Emitió su profesión simple el 31 de octubre de 1877. Cursó con aprovechamiento y buenos resultados sus estudios de filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana; finalizados éstos, recibió la ordenación sacerdotal el 28 de mayo de 1880.

La Orden acababa de ser restaurada en España (1879), con la recuperación del convento de Alcázar de San Juan; en 1881 fue destinado a esta comunidad, donde se entregó al ministerio de la predicación y del confesonario, tanto en la iglesia conventual como en diversas poblaciones de la Mancha, donde participó en misiones populares.

En 1884, al abrirse la nueva fundación de Villanueva del Arzobispo, el P. Mariano formó parte de la primera comunidad como presidente, cargo que ocupó hasta 1885. Entre 1885-1889 y 1891-1899 fue profesor, en la Fuensanta, de teología moral. En 1890 fue nombrado primer superior del convento de Antequera (Málaga), que había sido recuperado para la Orden el año anterior; allí estuvo hasta el año siguiente, en que se volvió a Villanueva. Entre 1900-1903 fue superior del convento de Alcázar de San Juan; de 1903 a 1906 desempeñó el cargo de secretario provincial; vicario de Villanueva del Arzobispo entre 1910-1913; superior del mismo convento en los períodos 1906-1907 y 1916-1920; y consejero provincial en los trienios 1907-1910, 1913-1916 y 1920-1929.

No creo errado pensar que el P. Mariano fue uno de los pilares de la restauración de la Orden en España, sobre todo por su autoridad moral como religioso de vida ejemplar. Había pertenecido al grupo de religiosos que resultó decisivo para la supervivencia de la Orden Trinitaria: su entrada en el convento romano de San Carlino, junto a otros jóvenes venidos de tierras vascas, fue el factor determinante para

afianzar aquel grupo de supervivientes de las supresiones de la Orden, mínima y frágil expresión de lo que había sido la Orden trinitaria descalza, reducida a mediados del siglo XIX, en la práctica, a un solo convento de frailes ya entrados en años y con dificultades de reemplazo, por su carácter de comunidad española en Roma. El P. Mariano tuvo la oportunidad de beber de las fuentes más puras de la tradición trinitaria descalza, marcándose en su carácter el amor por la observancia de las leyes y tradiciones de la Orden, con un espíritu recio en que lo formó el santo maestro de novicios de San Carlino, P. Dionisio de San Luis. A través de sus cargos, vemos cómo el P. Mariano fue designado formador de los primeros religiosos que tomaron el hábito en España, en los improvisados y pobres seminarios mayores de Alcázar y Villanueva; como primer superior tras la llegada de los trinitarios a Villanueva y Antequera; y como miembro del Consejo provincial, en el que fue luz que aconsejó con prudencia y acierto en las cuestiones de gobierno.

Fue un hombre de honda vida espiritual, devoto del misterio de la Santísima Trinidad, de la Eucaristía, de la Pasión y Cruz de Cristo. Pasó la mayor parte de su vida religiosa en el Santuario de la Fuensanta, donde pudo hacer ver su gran devoción mariana y su cariño entrañable hacia la Patrona de las Cuatro Villas; ha quedado memoria de su expresión: «prefiero ser portero en la Fuensanta que superior en los demás conventos». Como ha quedado también

memoria, en plan de chascarrillo de frailes, de su sencillez de hombre sin doblez, incapaz de pensar que otra persona podía mentir; así, se cuenta que en cierta ocasión, en que los frailes de la Fuensanta quisieron gastarle una broma, le dijeron: «Padre Mariano, ha llegado comunicación de Roma: han nombrado a Vuestra Paternidad *episcopus Jodariensis*» (en referencia a Jódar, pueblo de la provincia de Jaén). El P. Mariano se llevó un buen susto, creyendo que era cierto que lo habían promovido al episcopado, pasando los frailes un memorable rato de diversión a su costa.

Fue sacerdote con ardor apostólico, dedicado al confesonario, a la predicación y a la dirección espiritual con auténtica entrega y abnegación. Cercano a la gente, querido por su sencillez y espíritu de servicio. Pronto para colaborar en cuantas iniciativas tomara la comunidad. Los frailes abrían su puertas, por las tardes, para que la chiquillería de las familias obreras de las cortijadas de la Cañada de la Fuensanta, después de las rudas faenas del campo, en las que ayudaban a sus padres, pudieran aprender a leer, escribir, rudimentos de cálculo y catecismo. El P. Mariano, a pesar de ser profesor de teología moral, no desdeñaba irse con los niños a enseñarles, es más, le gustaba estar con ellos y gastar las horas del atardecer, junto a las naves en penumbra del santuario, enseñándoles las letras y los números. Uno de aquellos niños era mi abuelo, Pedro, quien aprendió las únicas letras de su vida en la Fuensanta;

sólo se acordaba de un fraile, de su maestro, el P. Mariano. Perdone el lector la confesión emocionada de mis recuerdos, cuando pienso, al escribir estas líneas, en mi abuelo que con pulso trémulo, mientras firmaba las cartas y los documentos de la pensión, me decía: «esta firma me la enseñó a hacer el Padre Mariano». ¡Estas son las cosas de la Providencia! Tras las esquinas del tiempo la semilla sembrada da sus frutos; el P. Mariano nunca pensaría, inclinado sobre aquel niño que garabateaba su nombre en un trozo de papel, que pasados los años, un nieto suyo, también religioso trinitario, se inclinaría sobre el papel para escribir su vida. Dios sea bendito.

Como queda dicho, el P. Mariano fue detenido junto con el resto de la comunidad, el día 22 de julio de 1936. Antes de la detención se despidió de unos vecinos, abrazándolos y diciéndoles: «Para siempre»; después los llevó a la iglesia y les dio a comulgar todas las formas que quedaban en el sagrario. Cuando oyó llegar el camión, dijo a estas personas: «Ya vienen a por nosotros». Ya detenidos, alguien tuvo un gesto de piedad hacia él, narrado por un testigo: «Pidió agua y los milicianos se la negaron. Mi hermano acudió a dársela y le dieron un golpe en el brazo que le hizo sangrar al Padre por la boca».

En un camión fueron llevados los frailes a los grupos escolares, habilitados como cárcel. El día siguiente, a las 7 de la mañana, fue sacado de la prisión y llevado al Santuario.

A pesar de lo temprano de la hora, se habían reunido muchos hombres, mujeres y niños que gritaban, blasfemaban y lo insultaban. Fue introducido en el convento, paseándole varias veces por la huerta, mientras le preguntaban que dónde estaban escondidas las armas; el P. Mariano les respondía, una y otra vez, que los religiosos no tenían armas. Entraron en el templo y procedieron a torturarlo.

Primero le ataron con sogas las muñecas de las manos, obligándole a adoptar una actitud orante, mientras le daban puñetazos y lo golpeaban con las culatas de los fusiles, apaleándolo sin piedad. Después, arrancando astillas de madera del suelo de la iglesia, se las introducían debajo de las uñas de los dedos de la mano derecha; se oyó gritar al Padre Mariano varias veces «¡No, por Dios; no, por Dios!» mientras sufría esta dolorosa tortura.

A continuación, con la misma soga, lo ataron del cuello; echando la soga por encima de la verja que por aquel entonces cerraba el presbiterio, lo izaron en el aire, dejándolo caer a continuación. Así, atado, lo arrastraron por las naves de la iglesia. Después lo subieron a las cámaras del convento, donde lo volvieron a atar, de forma que quedase de rodillas sobre unos palos; lo descalzaron y le dieron una paliza en la planta de los pies con unas tablas del antiguo entarimado del presbiterio de la iglesia, que había sido retirado. La paliza con las tablas duró unos seis minutos; durante ella, le apuntaban con las escopetas,

diciendo: «Quitaros, que lo matamos»; «o declaras o te damos un tiro»; «no lo matéis, que hay que hacerle sufrir hasta que diga la verdad».

Mientras tal escena tenía lugar, trajeron a fray Lázaro, que acababa de ser detenido. A ambos religiosos les pasaron una soga por el pecho, y los colgaron del techo de las cámaras, teniéndolos así unos veinte minutos. Fray Lázaro le dijo: «Padre Mariano, aquí morimos colgados», respondiéndole éste: «Moriremos como mártires, preparémonos»; a continuación, dio la absolución a su compañero de sufrimientos, y empezó a decir jaculatorias (invocando los nombres de Jesús y de la Virgen de la Fuensanta), que enfurecieron a los milicianos, insultando y amenazando con las escopetas a ambos frailes. Finalmente los descolgaron y desataron. La cara del Padre Mariano estaba toda ella amoratada. Disponiéndose a salir a la calle, intimaron a los dos religiosos, diciéndoles: «si decís en la calle lo que os hemos hecho, os cortamos la cabeza».

El Padre Mariano fue llevado a la portería, lo sacaron a la calle, donde esperaba mucha gente. Al verlo, empezaron a gritar, insultándole, dándole tirones del hábito, abofeteándole algunas mujeres que habían recibido ayudas por su mano, mientras otras lo empujaban para que cayera al suelo. Mientras, los milicianos discutían si llevarlo de regreso a la cárcel en camión o andando. Viendo que algunas personas amenazaban con quemar el camión si lo subían en él, optaron por hacer el trayecto andando.

Aquel paseo del P. Mariano impresionó fuertemente a cuantos tuvieron oportunidad de verlo. Son unos tres kilómetros los que separan el Santuario de los grupos escolares; todo ese trayecto lo hizo a pie, entre dos filas de milicianos, rodeados de la gente que gritaba, blasfemaba, le empujaba y le daban tirones del hábito. Eran las once de la mañana de un caluroso día de verano andaluz. Un testigo de vista declara: «El aspecto que presentaba aquel anciano, que apenas podía andar, era desolador y no cesaban de proferirle palabras soeces e insultantes, y empujándole con los cañones de las escopetas, más que andar iba a trompicones, completamente congestionado y sin exhalar una queja». Cuando el Padre Mariano llegó a la cárcel, sus compañeros lo vieron medio atontado por el dolor; después de espabilarse, pidió confesarse con un sacerdote; más tarde lo hizo de nuevo con el P. Matías. Muchos de los presos quisieron confesarse con él; el P. Mariano se mostraba, según declaraba uno de los compañeros de prisión, como «el sacerdote más decidido y menos temeroso del peligro, animándonos y diciéndonos que la salvación de todos estaba en prepararnos a bien morir, y sin fuerzas y hasta hablando con trabajo, no paraba de exhortarnos y recomendar nuestra preparación».

El mismo testigo declara: «Nuestros familiares, por los mil medios que empleaban, procuraban que llegara a nosotros algo de alimentos; yo no recuerdo que a él le llegara nada de nadie, y si alguno le ofrecía algo de lo que recibía,

él contestaba que podía aguantar, que lo tomáramos nosotros».

A las once de la noche del 26 de julio se presentaron bastantes personas con armas de fuego en la cárcel, empezando a disparar desde las ventanas de las aulas, convertidas en calabozos, donde estaban los presos. Éstos se tiraron al suelo, tapándose con los colchones. Esta situación duró unas cuatro horas. Algunos de los pistoleros idearon entonces subirse encima de la prisión, y quitando unas bovedillas, empezaron a disparar a los presos. Entre quienes hallaron la muerte esa noche, estaba el P. Mariano de San José, que quedó muerto, sentado en una silla. Los compañeros le oyeron decir: «Perdónalos, Señor, porque no saben el beneficio que nos hacen al ponernos en ocasión de morir por Tí».

Su cadáver fue sepultado en el cementerio municipal de Villanueva. En 1945 fue exhumado, y trasladados sus restos al camarín de la Virgen de la Fuensanta, donde reposan.



*4. El Beato José de Jesús y María.
La larga espera del martirio*

El P. José de Jesús y María (José Vicente Ormaechea y Apoitia) nació en Navárniz (Vizcaya) el 1 de septiembre de 1880, siendo bautizado el mismo día. El 16 de noviembre de 1896 empezó su noviciado en el convento trinitario de Algorta; allí mismo emitió su profesión simple, el 20 de noviembre de 1897. La profesión solemne la realizó en

Villanueva del Arzobispo el 24 de septiembre de 1899, fiesta del beato Marcos Criado, que había sido beatificado aquel mismo año. Los estudios de filosofía los realizó en Villanueva, y los de teología en Alcázar de San Juan. El 28 de marzo de 1903 recibió la ordenación sacerdotal en Madrid; inmediatamente fue destinado a Cuba: fue conventual de la casa de Cárdenas hasta 1913, dedicándose a la actividad docente en su colegio.

Vuelto a España, sabemos que entre 1922 y 1926 fue secretario provincial; vicario del convento de Belmonte (Cuenca) entre 1926-1929; superior del convento de La Rambla (Córdoba) de 1929 a 1933; y de Villanueva del Arzobispo desde 1933 hasta su muerte, en 1936.

El P. José era una persona piadosa, observante de las leyes y tradiciones de la Orden, de índole caritativa para con el prójimo, especialmente para con los necesitados, a muchos de los cuales visitaba a domicilio, procurando ayudarles en lo posible. De genio fuerte, carácter enérgico, «hombre de cuerpo entero», metódico y mortificado, y también bromista y abierto. Era muy atento para con sus hermanos de religión, por lo que era querido y estimado por ellos.

En los días previos al estallido de la Guerra, mientras charlaba con un amigo suyo, le entregó algunos libros religiosos, diciéndole «guárdalos, porque todo esto va a ser

destruido muy pronto, y si vienes [al Santuario] te daré más, pero no tardes». Tras el primer registro sufrido por la comunidad, el P. José llamó a este amigo por teléfono, diciéndole: «Ya ha empezado el calvario que tantas veces os he dicho». El interlocutor le aconsejó que se marchara del Santuario, ofreciéndole su casa para esconderse: «me dijo que voluntariamente no abandonaba ni el lugar ni a los suyos, que en caso de abandono sería por la fuerza, después no pudimos hablar más, porque yo también era vigilado». Por otro testimonio sabemos que, cuando los milicianos registraron el Santuario en su búsqueda «de las armas», le hicieron incluso abrir el sagrario de la iglesia, exclamando con voz enérgica: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen».

Ya quedan explicadas las circunstancias de la detención de la comunidad trinitaria del Santuario de la Fuensanta. Los religiosos fueron subidos en un camión para ser encarcelados en el Grupo Escolar; sin embargo, al P. José lo hicieron ir a pie, detrás del camión, como «deferencia» por ser el superior de la comunidad. Cuando llegó a la prisión fue cacheado, rompiendo todos los objetos religiosos que llevaba (escapulario, medallas y un rosario), robándole un encendedor. Al día siguiente de la detención, 23 de julio, en una de las palizas que le fueron propinadas en la cárcel, ocurrió un hecho accidental que hizo sufrir moralmente al P. José: un miliciano le golpeó con la culata del fusil; el religioso, instintivamente paró uno de los golpes, sujetando con fuerza el arma. En el forcejeo, el

fusil se disparó, hiriendo levemente al miliciano en el pie, y de forma más seria al mismo P. José. Así las cosas, decidieron trasladarlo al Hospital-Asilo:

«El día 23 de julio de 1936 ingresó el Padre José en el hospital de la Casa-Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Villanueva del Arzobispo, con heridas en la muñeca de la mano derecha y brazo izquierdo; ésta última le pasaba el brazo de parte a parte; con los miembros inferiores hinchados y destrozados en extremo a causa de las palizas que había sufrido, sobre todo en los pies. Fueron tantas en número, en aquel mismo día, que ya contaba con la sexta y tal era la compasión que causaba que, al verlo en aquel estado, decidieron los milicianos trasladarlo del Grupo Escolar, donde estaba, al Hospital».

En el hospital, no hacía más que exclamar «¡ay, alma mía! ¡ay, alma mía!». Tres Hermanitas le preguntaron la razón por la que se quejaba así; el P. José les contó que durante las palizas sentía una sed terrible, pero que convencido de que no le darían permiso para beber, se contuvo, hasta que no pudo más y pidió agua. Le dejaron que saliera al patio, pero al verlo fuera, unos milicianos gritaron: «Matadlo; para lo que hace, quitadlo de en medio», produciéndose entonces la escena de los culatazos y del disparo del fusil. El P. José contaba a las religiosas que el motivo por el que se quejaba era porque le remordía la conciencia de haberse opuesto a la voluntad de Dios,

parando la agresión del miliciano; y concluyó sus palabras confesando que, acto seguido, se había encomendado a la Virgen de la Fuensanta, pidiéndole la gracia de que le sacasen de aquella cárcel, antro del crimen y de la barbarie, porque allí no era posible morir mártir.

La presencia del P. José en el Hospital fue motivo para que constantemente, y durante más de un mes, los milicianos que tenían ganas de hacerle sufrir se pasaran por allí, a cualquier hora del día o de la noche, para pegarle o burlarse de él. Las Hermanitas eran testigos de todo lo que allí pasaba, sin poder hacer nada por evitar sufrimientos al religioso. Algunas de ellas depondrían años más tarde, en los procesos de beatificación:

«Fueron a visitarle expresamente algunos milicianos y milicianas con el fin de ultrajarle e insultarle. El Padre José oyó todo lo que le dijeron, blasfemias e injurias contra Dios y la Iglesia, con gran paz y con los ojos cerrados en actitud de orar. Luego, mofándose de él decían, sí, el fraile, el tío, estaría con los ojos cerrados haciendo oración a su Dios. Alguna vez me dijo el Padre José: «Yo no sé qué hacer, pues si cierro los ojos me dicen que rezo, y si les miro me dicen que tengo mirada de criminal».

«Me refirió que le habían pegado con un crucifijo de madera, y lo rompieron. Tenía los pies amoratados de los golpes. Y le pregunté: Qué haría con ellos. Y contestó: Si

no fuera religioso me llevaría media docena por delante. A consecuencia de los golpes le dejaron rendido, y cuando le oyeron pedirme agua exclamaron: Todavía no se ha muerto».

«Contó el Padre a las enfermeras que una noche, en ocasión que los milicianos le pasaron el alimento, le habían pegado con una cruz de madera de las que estaban colgadas en las enfermerías. Le golpeaban con la cruz y luego le decían: bésala; la besaba». Los milicianos llegaron a pedirle «que pisoteara un crucifijo, a lo cual se negaba rotundamente».

«Les preguntaba yo a los milicianos por qué llevaban las escopetas cargadas, y me decían que me querían mucho, no fuera que ese criminal (lo decían por el Padre) me hiciera algo. Durante ocho días consecutivos atormentaron al Padre con frecuentes palizas; una de ellas, teniéndole arrodillado sobre una silla y golpeándole después hasta que la silla se rompió, dando el Padre en el suelo con su cuerpo. Estas palizas solían ser casi a diario, y cuando las religiosas nos retirábamos, hacia la una, podíamos oír los ayes del Padre. Por la mañana yo le preguntaba bajito, ya que estaban allí los milicianos, si le habían maltratado mucho, y podía recabar de él, bien por señas o alguna palabrita, de lo que había padecido. En una de estas ocasiones recibió tales golpes en la espalda que la pusieron casi negra, de tal forma que el médico, D. Manuel Arenas, hubo de llamar la atención al jefe de los milicianos. No sé cómo no mataron a este buen médico».

«Un día pasamos las Hermanitas, como de costumbre, la visita a los enfermos a las cinco de la mañana, y encontramos al Padre muy postrado, hasta dar la sensación de que había fallecido. Con voz apagada y con grandes esfuerzos pidió un poco de agua y tras el permiso de los milicianos le servimos un refresco. Pedimos entonces al Alcalde (sería por teléfono, pues solíamos así comunicarnos con él) que viniera el médico, y nos mandó un rabioso practicante, que por sus malos antecedentes y sentimientos era bien conocido y que resultó ser más para pena que para alivio del Padre José. El practicante preguntó al Padre qué ocurría. Éste contestó con grande humildad, manifestando el dolor intenso que sentía, y el practicante, en voz alta, para que pudiera oír bien el Padre, dijo: «Duro con él, que el llamar al médico era cosa de la hermana enfermera».

La especial saña con que maltrataban a este religioso sólo tiene una explicación, según los testigos: «por ser el superior del Santuario de la Fuensanta».

En fin, el martirio material del P. José tuvo lugar hacia las tres de la madrugada del 4 de septiembre de 1936, dentro del Hospital-Asilo. Hacia la una de la madrugada se presentaron bastantes milicianos y otras personas en tropel, pidiendo que abrieran las puertas. Las Hermanitas se negaron a ello, llamando al alcalde para saber qué tenían que hacer. La Guardia Municipal les indicó que abrieran, porque les tenía cuenta hacerlo. Así lo hicieron; subieron

en tropel al piso principal, y pidieron a las religiosas las llaves de la enfermería, ordenando al Padre José que se levantara, porque se lo llevaban a Jaén a declarar. Éste se dirigió al sacerdote don Joaquín Montoro, que yacía en una cama contigua: «Ha llegado nuestra hora, absolvámonos mutuamente para que Dios tenga misericordia de nosotros». A continuación, empezó a vestirse con mucha calma, y se dirigió a los milicianos, diciéndoles con dulzura: «Yo no salgo de aquí sin orden escrita del Gobernador». Seguramente el P. José era consciente de que lo iban a matar; estas palabras tienen su explicación, porque él había dicho a las Hermanitas que prefería que lo mataran dentro del Asilo, porque temía que, de hacerlo en la calle, después hicieran escarnio de él.

La respuesta a la petición fue querer atarlo con unas cuerdas por el cuello, lanzándoselas a guisa de lazo; el P. José, con una serenidad y calma sorprendentes, se fue zafando como pudo. Los milicianos entraban y salían de la sala, manifestando que se movían por órdenes recibidas de su jefe. Hacia las tres de la mañana entró éste, pistola en mano, ordenando al Padre José que lo siguiera. Éste se negó a hacerlo, diciéndole que sólo saldría con orden escrita del alcalde. Acto seguido, el miliciano le disparó a bocajarro sobre la sien derecha, muriendo en el acto.

A la mañana siguiente vino un camión, que trasladó el cadáver al cementerio municipal, donde fue enterrado. Un

seglar, hospitalizado en el mismo Asilo, y que había hecho sufrir mucho al P. José, comentó a las Hermanitas: «Qué crimen tan grande han hecho». Las religiosas, que estaban horrorizadas con lo sucedido, se dirigieron al alcalde para decirle que se marchaban de allí, y él les aseguró que una cosa semejante no se volvería a repetir.

Los restos mortales del P. José de Jesús María fueron trasladados en 1945 al camarín del Santuario de la Virgen de la Fuensanta, donde descansan en la actualidad.



Santuario de Ntra. Sra. de la Cabeza
Andújar (Jaén)

II. MÁRTIRES TRINITARIOS
DEL REAL SANTUARIO
DE NUESTRA SEÑORA DE LA CABEZA
(Sierra de Andújar)

1. El Santuario de la Virgen de la Cabeza y su comunidad trinitaria.

A unos 32 kilómetros de la ciudad de Andújar, y en el corazón de Sierra Morena, se yergue sobre el cerro del Cabezo (el más alto de la serranía, según es fama) el Real Santuario de la Virgen de la Cabeza, uno de los más célebres y visitados de España. El aspecto de este macizo edificio de granito es el de un alcázar solitario, desde el cual se divisan tierras de las provincias de Jaén, Córdoba, Granada y Ciudad Real. En él se guarda la veneradísima imagen de la Virgen de la Cabeza, «morenita y pequeñita», como la canta el popular pasodoble.

La tradición del Santuario cuenta que la imagen de la Virgen fue escondida en el lugar más alto de este cerro durante la dominación musulmana. Tras la reconquista de Andújar por el rey san Fernando, ocurrió que la noche del 11 al 12 de agosto de 1227, estando un pastor manco, natural del pueblo de Colomera, guardando las ovejas en las inmediaciones del Cerro del Cabezo, vio en su cima unas

luces misteriosas y escuchó el tañer de una campana. Curioso por saber el origen de luces y tañidos, subió la pendiente, encontrando entre las peñas la imagen de la Virgen. Ésta le habló, pidiéndole que fuera a la ciudad de Andújar e indicase al clero y población su deseo de que se levantara un templo en aquel lugar; para manifestar la verdad del asunto, la Virgen obró el prodigio de restituir al pastor la mano que le faltaba. Éste bajó a Andújar, cumpliendo su misión; y en cumplimiento de la voluntad de la Madre de Dios se erigió sobre el cerro el Santuario donde pasó a venerarse su imagen, llamada «de la Cabeza» en referencia al nombre del lugar. Ésta es, en resumen, la tradición del origen del Santuario.

La Virgen de la Cabeza ha sido y es uno de los grandes lugares de peregrinación del sur español. Una advocación mariana muy extendida por doquier, propagada por sus numerosísimas cofradías y por los pastores, que por costumbre secular la han venerado por su Patrona, especialmente en Andalucía y en Castilla la Nueva. Su romería, celebrada el último domingo de abril, es desde tiempos inmemoriales una de las más célebres y castizas de España. El elogio más solemne de la romería es, sin duda alguna, el que trazara Cervantes en su «Persiles y Segismunda»:

«Ultimo domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de

Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra; tal es, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, a quien imita la de la Monda de Talavera, no le han hecho ni le pueden hacer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación, donde la tengo fija, y pintárosla con palabras, y ponérosla delante de la vista, para que, comprendiéndola, viérades la mucha razón que tengo de alabárosla; pero ésta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mío».

«En el rico palacio de Madrid, morada de los reyes, en una galería, está retratada esta fiesta con la puntualidad posible: Allí está el monte, o por mejor decir, peñasco, en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imagen, llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco más de media. En este espacioso y ameno sitio tiene su asiento, siempre verde y apacible, por el humor que le comunican las aguas del río Jándula, que de paso, como en reverencia, le besa las faldas. El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y lejos, el solemne día que he dicho, le hacen famoso en el mundo y célebre en España sobre cuantos lugares las más estendidas memorias se acuerdan».

Los hitos más señeros que han marcado la devoción hacia la Virgen de la Cabeza durante el siglo XX han sido: su proclamación como Patrona de la Ciudad de Andújar en 1909 por el papa Pío X, siendo así mismo coronada canónicamente. En 1950 se le concedió el fajín de Capitán General del Ejército español. En 1959, Juan XXIII la declaró Patrona de la diócesis de Jaén, y el Ayuntamiento de la

Ciudad la proclamó Alcaldesa perpetua de la Ciudad. En 1960 se celebró la recoronación de la imagen, en multitudinaria celebración presidida por el arzobispo de Granada y el obispo de Jaén. Es de destacar que el esplendor del Santuario, del culto a la Virgen de la Cabeza, de su romería, y la propagación de su devoción por doquier, han ido parejas con la fundación del convento de la Orden Trinitaria en el Real Santuario, en 1930.

Si se nos consiente la apreciación providencialista, parece como si la historia de este lugar hubiera presagiado, durante siglos, la vinculación contemporánea de los trinitarios con el Santuario de Sierra Morena. Fue en 1244 cuando éstos fundaron su primer convento en Andújar, favorecido largamente por el rey San Fernando, quien lo dotó con la finca del «Pago de los Pinos». Aquel primer convento estuvo situado junto al Castillo, en el lugar llamado «Ermita de Santo Domingo». En 1280 los frailes se mudaron a un segundo emplazamiento, junto a la parroquia de Santa María, donde permanecieron hasta el siglo XVI. Efectivamente, al fundar la Ciudad iglesia y convento en honor de su Patrón, san Eufrasio, éstos fueron entregados a la Orden Trinitaria en 1575. Y ésta fue su definitiva morada, hasta 1835, en que la exclaustración general acabó con la secular presencia de los frailes redentores en Andújar. Así mismo es de recordar la existencia del Monasterio de la Purísima Concepción, de Monjas Trinitarias de clausura, fundado en 1587, cuya comunidad ha perpetuado sin

interrupciones, en sus más de cuatro siglos de historia, la presencia de la Orden en la Ciudad.

Así se explican varios hechos significativos, tanto para la historia del Santuario como para la Orden, que tuvieron lugar antes de que ésta se aposentara en el Cerro del Cabezo. Especialmente nos referimos a la vocación trinitaria del beato Marcos Criado, mártir (Andújar 1522-La Peza 1569), quien, en su adolescencia y tras haber quedado huérfano de madre, fue a visitar a la Virgen de la Cabeza en su Santuario; habiéndose quedado dormido en el templo, la Virgen, en sueños, le dijo que era voluntad divina que entrara en la Orden Trinitaria, como efectivamente hizo. Por otra parte, san Juan Bautista de la Concepción (Almodóvar del Campo 1561-Córdoba 1613), Reformador de la Orden, tras haber tomado la trascendental decisión de incorporarse a la casa recoleta de Valdepeñas, dando un giro total a su vida, fue a visitar a la Virgen de la Cabeza, encomendándose a ella, celebrando misa y pernoctando en el Santuario, como él mismo narra en sus escritos; fue en 1596.

En fin, reseñemos también al Siervo de Dios Pedro Garrido (de la Concepción) (Porcuna 1611-Argel 1667), de biografía apasionante entre tres mundos, capitán de la Armada de Indias que, tras haber enviudado, se retiró como ermitaño a las inmediaciones del Santuario de la Virgen de la Cabeza. Cofrade o terciario trinitario, mérito suyo fue reabrir los antiguos hospitales trinitarios de Argel, donde él

mismo pasó los últimos años de su vida, cuidando a la población cautiva cristiana, y donde fue martirizado el 19 de junio de 1667.

Vengamos a la fundación de la Orden Trinitaria en este señero lugar mariano. En las primeras décadas del siglo XX el Santuario era motivo de preocupación especialísima para la Mitra de Jaén, a causa de diversos problemas derivados del carácter permisivo de los curas rectores, que lo habían convertido en lugar de recreo de varias personas, en detrimento del carácter sacro del lugar. Fue el obispo don Manuel Basulto Jiménez quien ideó el remedio de esta situación, pensando en dar el Santuario a una comunidad religiosa que se aposentara en él. La Orden escogida fue la Trinitaria.

El 21 de enero de 1930, el P. Javier de la Inmaculada, Ministro General de la Orden, junto con su Definitorio, daban la licencia para efectuar la fundación. El 24 de enero sucesivo se firmaron los acuerdos entre el obispo de Jaén y el Provincial de los trinitarios, P. Pedro de Santa Teresa. La fundación, que tiene el carácter de *ad nutum Sanctae Sedis*, fue autorizada por el nuncio en España, Federico Tedeschini, mediante carta dirigida al obispo de Jaén en fecha 10 de marzo de 1930, comunicándole la licencia para «la apertura de una nueva casa de la Orden de Trinitarios Descalzos, Andújar, en el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza».

El 1 de abril de 1930, y en la ciudad de Andújar, el Secretario del Obispado dio la posesión del Santuario al P. Julián del Santísimo Sacramento, definidor provincial de la Orden. El día 12 de abril tuvo lugar la ceremonia de toma de posesión, en el Santuario. Fue una fiesta solemne y concurrida, con la asistencia del Ayuntamiento de Andújar en pleno, la Real Cofradía Matriz y otras personalidades. La primera comunidad quedó compuesta por el P. Juan de la Santísima Trinidad, presidente, el P. Félix de la Virgen (santo religioso, nacido en Rigotia, Vizcaya, en 1902, y muerto en Algorta, Vizcaya, en 1951, declarado Venerable por Juan Pablo II en 1994), el P. Regino de San José y nueve jóvenes coristas, que fueron destinados al Santuario, designado como seminario mayor de filosofía de la Provincia de España, aunque duró poco tiempo como tal.

El 11 de enero de 1931 se colocó la primera piedra del convento, proyectado en continuidad con la antigua crujía contigua al Santuario; la bendición fue presidida por el obispo Basulto. Éste había indicado a los trinitarios que su labor debería ser «realzar el culto y atraer y atender a los numerosos peregrinos que, fieles a la tradición, continuarán subiendo al Santuario. Deben cuidar a las cofradías, aumentándolas en número y en santidad, propagando sin descanso la devoción a la Santísima Virgen de la Cabeza, convirtiendo el Cerro, en lo posible, en centro de espiritualidad mariana, hasta poder afirmar con toda propiedad: Esta es casa de Dios y puerta del cielo». De

acuerdo con estas pautas, la labor de la Comunidad fue la de custodiar el Santuario y difundir la devoción a la Virgen, atendiendo a peregrinos y cofradías, especialmente en la romería anual. Varios testimonios de aquellos años hacen entender la satisfacción del pueblo de Andújar y de los devotos de la Virgen por la instalación de la comunidad religiosa en el Santuario, por la solemnidad y cuidado de los cultos, atención a los peregrinos, orden y concierto en el recinto sacro.

2. Santuario, julio de 1936: expulsión de los religiosos.

Habían pasado seis años desde la fundación trinitaria en el Santuario cuando se produjo el estallido de la Guerra Civil. La comunidad estaba compuesta, a la sazón, por los Padres: José María de Jesús (superior), Prudencio de la Cruz, Segundo de Santa Teresa, Fernando de la Resurrección, Juan de Jesús y María, y el hermano cooperador fray Luciano Aguirre.

Siguiendo los recuerdos del P. José María de Jesús, que sobrevivió a la persecución (falleció en Salamanca en 1977) y que dejó sus memorias al respecto por escrito, el día 18 de julio de 1936 bajó con el P. Segundo a Andújar para participar en la festividad de san Vicente de Paúl, organizada por los Padres Paúles. Llegó la noticia del alzamiento de las tropas en Marruecos; de todas formas, pernoctaron en

Andújar y al día siguiente participaron en la misa solemne, tras la cual subieron al Santuario en un camión que, a diario, llevaba el correo y los víveres al pantano del Encinarejo y también admitía personas que iban al Santuario. Este viaje fue el último, ya que el servicio quedó interrumpido aquel 19 de julio. Al pasar por la carretera de Madrid, el control de los milicianos mandó parar el camión, y cachearon a los religiosos. Sin más incidencias subieron hasta el Encinarejo, y desde allí los PP. José María y Segundo continuaron a pie hasta su convento.

Desde el 19 al 28 de julio el Santuario estuvo prácticamente incomunicado con Andújar, sin suministro de víveres ni de correspondencia. Eso sí, alguien les informó de que los Paúles habían sido expulsados de su convento y de su casa «violentemente y de mala forma», aunque se comentaba que a los trinitarios los dejarían en el Santuario porque «la Virgen está por encima de toda política y del comunismo».

Sin embargo, las esperanzas vinieron a menos el 25 de julio. Llegó al Santuario un maestro de obras para recoger a su padre, que se encontraba veraneando. Éste fue el diálogo, narrado por el citado superior de la comunidad:

«-Baja al pueblo, padre, porque mañana mismo, según los milicianos, viene la aviación del Gobierno a bombardear el Santuario.

-¿Por qué así, hijo? –le replicó su padre-.

-Porque en el Santuario están concentradas todas las fuerzas falangistas de la provincia, armadas de cañones y de toda clase de armas ¹.

Nosotros le dijimos al citado maestro de obras:

-Aquí no hay armas ni falangistas.

-Si es así, como ustedes afirman, conviene que se vean con los escopeteros que están en la Fuente Canina».

El superior y otro religioso bajaron ese mismo día, hacia las tres de la tarde, a entrevistarse con los milicianos. Subieron al Santuario, junto con cuatro o cinco camiones llenos de milicianos con armas; muchos de ellos apuntaban a los frailes, por lo que el superior, varias veces, les dijo: «¿Por qué están apuntándonos? ¿No ven ustedes cómo han sido recibidos, sin armas ni amenazas?. A lo que contestaron: «Tenemos que vengarnos de las atrocidades y crueldades que están cometiendo en los pueblos con los niños y con las mujeres los soldados nacionales».

Empezaron un registro minucioso de las dependencias del Santuario, acompañados por el Superior; el resto de la

¹ Habrá que advertir al lector que no esté familiarizado con la historia del Santuario, que no fue hasta el mes siguiente (agosto de 1936) cuando se refugiaron en el mismo los guardias civiles con sus familias y otras personas que protagonizaron el famoso «Asedio del Santuario de la Virgen de la Cabeza», en que 1.135 personas resistieron hasta mayo de 1937.

comunidad y otras personas que allí se encontraban quedaron en el exterior, custodiados por los milicianos.

Al día siguiente, 26 de julio, los milicianos conminaron a los religiosos a abandonar el Santuario hasta que se acabara la Guerra. El superior replicó: «No podemos abandonarlo si antes no se hace un inventario de todo lo que posee el Santuario, ya que es propiedad del Obispado». Se oyó oír por respuesta: «Esto ya no es del Obispado, esto es nuestro; y ahora mismo se cierra el Santuario y se depositan las llaves en el Ayuntamiento».

Sin embargo, el abandono del Santuario no tuvo lugar hasta el 28 de julio. Ese día se presentaron tres camiones cargados de escopeteros, que rodearon el Santuario, mandando llamar al superior. El jefe le preguntó: «¿Qué han pensado ustedes? ¿Están dispuestos a abandonar el Santuario y bajar a Andújar?». «Si ustedes se empeñan y nos obligan, lo dejamos». Al oír estas palabras, el jefe hizo una señal, y los escopeteros dejaron de apuntarle; según supo después, había dado orden de disparar si se negaba.

Antes de salir del Santuario, los frailes consumieron las especies eucarísticas, y pidieron permiso para despedirse de Jesús y de la Virgen de la Cabeza. Se rezó la estación y se cantó la Salve Regina... ¡sorprendente escena! Los mismos milicianos respondían, a coro, a los rezos y cantos de los religiosos.

Era llegada la hora de abandonar el Santuario. El superior no pudo evitar una pregunta que nos deja intuir que, a aquellas alturas, los trinitarios del Santuario estaban a oscuras de la persecución total contra la religión desatada en aquellos días. «¿Por qué nos echan de aquí? ¿Es que tienen alguna queja de nosotros, sea moral, sea administrativa?». «No tenemos ninguna queja de ustedes. Comprendemos la injusticia, pero como este régimen no admite frailes, tienen que bajar del Cerro. Nosotros les daremos los salvoconductos y ustedes se irán a sus casas o a donde prefieran».

Bajaron a Andújar. Era, como decimos, el 28 de julio, y ese día habían llegado a la Ciudad las tropas del general Miaja, camino de la ofensiva de Córdoba. Toda Andújar estaba llena de militares y milicianos; las fondas, ocupadas. Por disposición de un jefe de las milicias, tres religiosos (el superior y los padres Fernando y Juan) fueron alojados en casa del Conde de la Quintería, mientras que los padres Prudencio y Segundo con el hermano Luciano fueron llevados a un domicilio particular; allí había sólo dos habitaciones disponibles, por lo que fray Luciano fue a alojarse en una fonda.

De la comunidad trinitaria del Santuario de la Virgen de la Cabeza, fueron martirizados los padres Prudencio, Segundo y Juan. Los demás religiosos, después de duras experiencias en la cárcel, primero en Andújar y después en Jaén, lograron sobrevivir, incorporándose de nuevo a la Orden.



3. El Beato Prudencio de la Cruz.

La conformidad con el martirio «por ser religioso».

Prudencio Gueréquiz Guezuraga nació el 28 de abril de 1883 en Rigoitia (Vizcaya), siendo bautizado el mismo día de su nacimiento. Sus padres se llamaban Lorenzo y María Josefa. Con sólo cuatro meses fue confirmado (5 de agosto) por el obispo de Vitoria, don Mariano Miguel Gómez.

Sintiendo la vocación trinitaria, fue aceptado en la comunidad de Algorta; allí realizó su noviciado, iniciado el 9 de mayo de 1898, emitiendo su profesión simple el 13 de mayo de 1899, y la solemne en La Rambla (Córdoba) el 8 de diciembre de 1903 ². Enfermó siendo joven, y la enfermedad fue su compañera constante de por vida, sobrellevándola con alegría y aceptación de la voluntad divina; esta enfermedad (cuyo diagnóstico desconocemos) se manifestaba en forma de frecuentes y abundantes hemoptisis (hemorragia de origen pulmonar), que lo dejaban muy debilitado. Recibió la ordenación sacerdotal en Córdoba, el 23 de diciembre de 1905.

En el convento de La Rambla se dedicó a la enseñanza de los niños, en la «escuelilla» de los frailes. Durante tres años fue conventual de Madrid. Después fue enviado a Córdoba, como profesor de teología de los jóvenes coristas trinitarios, de donde pasó al Santuario de la Cabeza, su definitiva conventualidad.

Se señaló por su devoción a Jesús Sacramentado, pasando largas horas de oración ante el sagrario, incluso de noche, hasta tal punto que, cuando alguien le buscaba, era cosa corriente que los frailes respondieran: «Estará en el coro». Y es que pasaba la mayor parte del tiempo en la iglesia, en el coro, en el confesonario, en adoración del

² El P. Prudencio tenía en La Rambla un hermano, también religioso trinitario, llamado Vicente del Beato Juan Bautista de la Concepción, que murió allí el 13 de abril de 1904, con solos 23 años de edad.

Santísimo o rezando el rosario y el víacrucis. Recordaba el P. José María de Jesús, superior del Santuario, que cuando el Provincial le comunicó que le enviaba al P. Prudencio, el comentario que le hizo fue: «Le mando un religioso santo».

Era un hombre extremadamente silencioso, y así le recuerdan cuantos le conocieron. Era asiduo en el confesonario. «No se distinguió en la predicación, porque estaba enfermo y además era de pocas palabras. Se señalaba especialmente por su caridad con los enfermos». Escogemos estos retazos que nos retratan al P. Prudencio, tomados del proceso de beatificación:

Tengo recuerdos gratísimos de religioso venerable, ejemplar, de vida austera y penitente. No le oí quejarse de nada, a pesar de que estaba achacoso y en estado delicado de salud, conformándose siempre con lo que le daban en el refectorio. El primero en los actos de comunidad y el último en retirarse. Lo veía con frecuencia en el coro y en la iglesia, delante del Santísimo. Siempre se le veía por los claustros con el rosario en las manos, pues era muy devoto de la Santísima Virgen, de la que hablaba con unción y piedad. Rezaba varios rosarios al día. Con este Padre solía salir de paseo, con el debido permiso, y sus conversaciones eran siempre muy espirituales y respetuosas para con sus superiores, de los que jamás le oí hablar mal. A pesar de las molestias y sufrimientos nunca le veía cara adusta, sino bondadosa, no molestando a nadie, observante del silencio y muy recogido. Su rostro era afable y bondadoso, le cuadraba muy bien el nombre de Prudencio por lo prudente que era en todas las cosas. Entre los religiosos con los que he hablado de él, coinciden que era muy observante, espiritual, de vida austera y silenciosa.

Conocí personalmente al R. P. Prudencio de la Cruz, conviviendo con él en nuestro convento de Córdoba por los años 1926 a 1930, conservando del mismo un recuerdo gratísimo de religioso venerable y ejemplar y de vida muy austera y penitente. Jamás le oí quejarse de nada, a pesar de sus muchos achaques y dolencias. Además de los actos de comunidad, con frecuencia le veía de rodillas en la iglesia ante Jesús Sacramentado, y también con el rosario en la mano, debajo del escapulario, por los claustros y por la huerta, en las horas permitidas siempre. No obstante su recogimiento y silencio, siempre le contemplaba con rostro sonriente, y muy alegre, afable y bondadoso. Varias veces salimos de paseo juntos por el campo y todas sus conversaciones eran muy espirituales. Por todas estas prendas se hacía querer mucho de todos, propios y extraños, siendo frecuente oír esta frase a seculares: «Qué bien le cuadra el nombre de Prudencio». Durante mi vida de religioso jamás he oído decir nada en contra de la virtud y observancia de este santo religioso.

Era benigno y caritativo en sus juicios: en una ocasión hubo una disputa comunitaria en Córdoba, en que se hablaba del padre maestro, reputado como demasiado benigno con sus estudiantes. Él terció en la conversación, diciendo: «Si lo hace por Dios está bien hecho y recibirá su premio». Otro religioso compañero suyo recuerda, de manera delicada, que tuvieron algún superior tacaño con el que los frailes no estaban contentos, por deficiencias en comida y ropa, y que jamás el Padre Prudencio se quejó de nada. Fray Luciano Aguirre había visto que daba limosnas a los pobres, con permiso del superior, ya que era de natural muy caritativo.

Viniendo al martirio, quedan ya explicadas las circunstancias de la disolución de la comunidad trinitaria del Santuario de la Virgen de la Cabeza. Los milicianos, al disponerse a acompañar a los frailes hacia Andújar, les dijeron que se quitaran los hábitos y fueran vestidos de seglares. El único que se negó fue el Padre Prudencio, y de hecho bajó a Andújar con su hábito trinitario. Uno de los milicianos le insistió, diciéndole: «Póngase el traje de paisano, pues si lo ven así en el pueblo verá lo que le va a pasar». Él le contestó con tranquilidad: «No importa, si por eso nos matan, estamos muy conformes de morir como religiosos». Iba silencioso, rezando por lo bajo en el camión.

El P. Prudencio fue acogido, junto con el P. Segundo, en casa de un abogado de Andújar. Un familiar del abogado recordaba, años más tarde, que iba en esos días a visitar a su pariente, y que veía a ambos religiosos rezando y preparándose para la muerte, «que la veían segura por las amenazas y actitudes de los milicianos en aquellos días». No dejaba de rezar el rosario y el breviario.

El 31 de julio un piquete de milicianos se presentó en la casa donde estaban alojados, procediendo a la detención, «con pretexto de que iban a prestar declaración». Eran las 11,30 de la mañana. Al pasar por la calle del Hoyo, a la altura de la fábrica de gaseosas, los milicianos gritaron al vecindario que se metieran en sus casas y cerraran puertas y ventanas. Sin mediar más palabras ni contemplaciones, a

una orden del jefe los milicianos hicieron una descarga con las escopetas, disparando por la espalda a los dos religiosos y otros tres detenidos. «Cayeron muertos instantáneamente», afirma un testigo presencial, «permanecieron varias horas los cadáveres en el suelo, su sangre quedó en la calle mucho tiempo. Obligado, trasladé los cadáveres al Hospital Municipal, en un camión». Al cadáver del P. Prudencio le fueron encontrados un rosario y un breviario que llevaba en la mano en el momento del martirio.

Del Hospital Municipal, donde se simuló una práctica de autopsia, los cadáveres de ambos religiosos fueron colocados en una caja ordinaria y sin pintar, y fueron enterrados en una fosa común del cementerio municipal de Andújar. Diez años después de la muerte los restos mortales del los padres Prudencio y Segundo fueron sacados con los demás de la fosa, perdiéndose definitivamente sus trazas.

Los testigos del proceso son unánimes en la motivación por la que ambos trinitarios fueron martirizados: «tengo el convencimiento absoluto de que su muerte fue motivada única y exclusivamente por su condición de religiosos del Real Santuario de Ntra. Sra. de la Cabeza».



*4. El Beato Segundo de Santa Teresa,
amigo de los pobres.*

Segundo García Cabezas nació el 24 de marzo de 1891 en Los Barrios de Nistoso (diócesis de Astorga y provincia de León). Fue bautizado al día siguiente, y recibió la confirmación en la parroquia de Santa Marina el 17 de junio de 1899.

A temprana edad sintió la vocación religiosa, prefiriendo la Orden Trinitaria; en efecto, tuvo varias ofertas para ser sacerdote diocesano y para ser jesuita, pero él siempre afirmó, recordando dichos ofrecimientos, que «se sentía muy satisfecho de haber escogido la Orden Trinitaria». Ingresó en el convento de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), donde vistió el hábito el 21 de abril de 1906; la profesión simple la realizó en el mismo convento el 27 de abril de 1907. Siendo notable por su inteligencia y aplicación en los estudios, los superiores lo enviaron al convento de San Carlino de las Cuatro Fuentes, en Roma.

Cursó brillantemente la filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana entre 1907-1910, alcanzando el doctorado con la máxima calificación. Durante tres años estudió teología en la misma Universidad, no pudiendo acabar por haber enfermado. Sus compañeros de San Carlino lo recordaban por su aplicación y fervor; uno declaraba que era admirado por sus superiores y compañeros, hasta el punto de que el Siervo de Dios P. Antonino de la Asunción, Ministro General de la Orden, llegó a decir, cuando se enfermó, que «si muriese entonces iría derecho al cielo, y que él mismo, como Ministro General, no tendría inconveniente en incoar el proceso de beatificación». Se le retrata como «de fácil inteligencia y muy despejado», «con gran disposición para los estudios, en los que adelantó mucho». Los superiores de la casa le confiaron dar clase, en el convento, a sus compañeros, enseñando matemáticas,

geometría, álgebra, usando de dotes pedagógicas nada comunes y de una bondad y paciencia extraordinarias, por las que era querido por todos.

El 15 de agosto de 1910 hizo su profesión solemne en San Carlino. Como queda dicho, una enfermedad hizo que tuviera que interrumpir sus estudios teológicos, cuando ya estaban en la recta final. Vuelto a España, recibió la ordenación sacerdotal en Madrid, el 25 de enero de 1914.

Fue destinado a la fundación de Dalmacio-Vélez (Córdoba), primera casa de los trinitarios en Argentina, que había sido abierta en 1913, para ser profesor de primeras letras en la escuela de niños abierta por voluntad testamentaria de Sandalia V. de Vázquez, viuda del fundador. El P. Segundo empezó su labor docente el 7 de abril de 1915, y quedó como director de la escuela hasta 1919. En ese mismo año envió una carta al Capítulo Provincial de España, en que rogaba «al Capítulo que se ocupara de la conveniente organización de los colegios de primera y segunda enseñanza, considerándolos de vital importancia para el porvenir de la Orden». Esta carta fue considerada por los capitulares como muy interesante, dando lugar a un interesante coloquio del que se sacó en claro la necesidad de formar un núcleo de religiosos profesores con titulación académica, para que la Provincia estuviera en grado de regentar colegios. El Ministro provincial, Lorenzo de la Concepción, de acuerdo con el sentir del Capítulo,

empezó a destinar religiosos jóvenes a realizar estudios en este sentido.

En Argentina se prodigó con celo apostólico, no sólo en la enseñanza, sino también en la parroquia de Dalmacio-Vélez y en muchas poblaciones de la Pampa. En 1919 volvió a España, siendo nombrado profesor de teología del convento de La Rambla (Córdoba), donde permaneció hasta 1922. Entre 1922 y 1923 fue vicario de la incipiente comunidad de Barcelona, dedicándose a la enseñanza en un colegio de primaria que abrieron los religiosos. Entre 1923 y 1928 fue profesor en el aspirantado de Algorta (Vizcaya). Profesor de filosofía en Villanueva del Arzobispo, entre 1928 y 1931, se destacó por su ferviente devoción hacia la Virgen de la Fuensanta, empujando con entusiasmo el proyecto de su coronación canónica, que no llegó a ejecutarse; tuvo en mente escribir y publicar una historia del Santuario, que finalmente no pudo llevar a cabo. En 1931 fue nombrado profesor de filosofía para el Santuario de la Virgen de la Cabeza, donde quedó definitivamente como conventual.

El P. Segundo fue articulista asiduo de la revista «El Santo Trisagio». Sus colaboraciones rezuman profunda cultura filosófica y teológica, buen conocimiento de las circunstancias sociales, con especial hincapié en los problemas de la clase obrera, propugnando como remedio a todos los males sociales los principios de la doctrina social

de la Iglesia. Se advierte en estos artículos una especial sensibilidad hacia los sufrimientos de los pobres. Fue buen músico, y se dedicó con maestría a la interpretación musical en el órgano del Real Santuario de la Cabeza, siendo recordado por haber tocado hasta en nueve misas seguidas los días de Romería, celebrando él la última, tras la procesión. Muchos peregrinos, al llegar al Santuario, preguntaban por él, y le pedían que tocara el órgano, cosa a la que accedía con mucho gusto.

Fue, ante todo, un hombre sencillo, servicial como pocos. Piadoso, trabajador, nunca se negaba a nada que pidieran los superiores, prestándose a ser útil en cualquier cosa, por difícil que fuese. «Fue de carácter sencillo e infantil, por lo que le querían mucho todos. Era el primero por quien preguntaban, cuando subía alguien al Santuario», lo recuerda uno de los testigos.

Se distinguió especialmente por su devoción extraordinaria a la Virgen María. Fue buen predicador, y sus homilias marianas son recordadas unánimemente como memorables por quienes tuvieron la oportunidad de escucharlo. A propósito de oratoria, tradujo del italiano al español un libro sobre el arte de la predicación para uso de los estudiantes trinitarios. Fue así mismo muy caritativo. Muchos pobres subían al Santuario de la Virgen de la Cabeza para pedir comida a los frailes, cosa que ellos hacían a diario. El P. Segundo llegaba a dar su propia comida e incluso su ropa a los menesterosos.

Cuando los frailes fueron expulsados del Santuario, en las circunstancias que quedan descritas, al decir los milicianos que la República no admitía religiosos, el P. Segundo contestó: «¿Qué va a ser de esta sociedad, de un régimen que no admite religiosos? ¿No sabéis que los religiosos han sido los más grandes bienhechores de la humanidad en todos sus ramos y los más amigos de los pobres y trabajadores?». El P. José María de Jesús, sobreviviente a la persecución, recordaba después que especialmente el P. Segundo sintió mucho tener que dejar el Santuario y la sagrada imagen de la Virgen de la Cabeza, a la que quería mucho, y expresamente fue a despedirse de ella; ahora bien, no salió de su boca ni siquiera una protesta.

En el domicilio particular en que fueron acogidos los padres Prudencio y Segundo, éstos no dejaron de rezar y prepararse a la muerte, que veían segura. A un conocido suyo, el P. Segundo le entregó una máquina fotográfica de su uso «para que, si le mataban, la conservase y entregase al convento». Cuando el día 31 de julio fue sacado del domicilio particular en que se encontraba alojado con el P. Prudencio, saludó con amabilidad a los milicianos, diciéndoles que estaba a su disposición; fumador empedernido, repartió un cigarrillo a cada uno de aquellos mismos que lo asesinarían breves instantes después. Cuando reconocieron su cadáver, además de dos cajetillas de tabaco, con la petaca y unas gafas, llevaba «un libro de piedad y un rosario».



*5. El Beato Juan de Jesús y María.
Cantando hacia el martirio.*

El caso de este tercer mártir de la comunidad trinitaria del Santuario de la Virgen de la Cabeza es particularmente llamativo por su larga espera del martirio. Fue el último en morir de los mártires trinitarios: 3 de abril de 1937. Durante los largos meses de su prisión fue su misión la de animar a sus compañeros, conjugando la dura experiencia de

acompañar en sus últimos momentos a los condenados a muerte con la certeza, un día y otro, de que en cualquier momento su nombre aparecería entre los destinados al sacrificio. Fue, hasta el final, un sacerdote dedicado completamente a su ministerio de caridad en un ambiente de sufrimiento y desesperanza.

Juan de Otazua y Madariaga nació el 8 de febrero de 1895 en Rigoitia (Vizcaya), siendo bautizado el mismo día. Recibió la confirmación el 8 de agosto de 1898. Fue joven muy bueno y ejemplar. El 30 de septiembre de 1913 entró en el noviciado trinitario del Santuario de la Bien Aparecida (Cantabria), donde emitió su profesión simple el 11 de octubre de 1914. El 17 de mayo de 1918 realizó su profesión solemne en el convento de Córdoba. Los estudios de filosofía y teología los realizó en la Bien Aparecida, Córdoba y La Rambla. Recibió la ordenación sacerdotal en la iglesia de San Ignacio de los Vascos, en Madrid, el 23 de octubre de 1921, de manos del obispo Remigio Gandasegui.

Tuvo fama de estudiante modélico, estimado y querido por su carácter, dócil y pronto para cualquier necesidad. El P. Paulino de Santa Ana, su maestro, lo recordaba así:

El P. Juan de Jesús y María fue discípulo suyo durante algún tiempo, siendo edificante y ejemplar en todo. Sobresalió por su piedad, humildad y bondad. Virtudes que cultivaba toda su vida, por lo que fue muy estimado de los religiosos. Aunque después no

tuvo la oportunidad de convivir con él, recuerda que en todos los conventos era estimado y querido por su carácter dócil y pacificador.

Buena parte de su vida religiosa la pasó como conventual de la casa de la Orden en Madrid, calle Echegaray. Desempeñó con esmero y devoción la función de encargado del culto en la iglesia de San Ignacio, encomendada a la comunidad. Dirigía cada día desde el púlpito hasta tres y cuatro rosarios y trisagios; buen músico, gustaba de tocar el violoncelo, y con su buena voz de bajo cantaba en las funciones de la iglesia.

A las nueve de la noche del 13 de marzo de 1936, mientras la comunidad trinitaria madrileña estaba cenando, las turbas revolucionarias que merodeaban por la calle del Príncipe y la plaza de Santa Ana derribaron las puertas de la iglesia y amontonaron, dentro del templo, los confesonarios, bancos y reclinatorios, y les prendieron fuego. Todo el interior de la iglesia quedó reducido a cenizas, con excepción de la imagen del Santísimo Cristo de la Misericordia. Los religiosos salieron de la casa y pidieron y obtuvieron alojamiento en casas de familias amigas.

Es fácil imaginar el duro golpe que supuso para el P. Juan el incendio de «su iglesia». El P. Martín Olábarri, en su libro «Trinitarios en la prueba», comenta que oyó muchas anécdotas sobre la «timidez del P. Juan durante la persecución religiosa de aquel año» a los hijos de la señora

que lo acogió en su casa. Así las cosas, el P. Domingo de la Asunción, Ministro provincial de España, envió al P. Juan como conventual al Santuario de la Virgen de la Cabeza.

Llevaba el Beato cuatro meses escasos en el Santuario cuando se produjo la disolución de la comunidad trinitaria, cuyos pormenores ya quedan relatados. Al llegar a Andújar, el 28 de julio, fue alojado en casa del Conde de la Quintería. Dos días más tarde fueron a buscarlo unos quince milicianos, encerrándolo en la cárcel de la Ciudad, junto con el superior de la comunidad y el Padre Fernando. Cuentan testigos presenciales que, camino de la cárcel, les fueron apuntando con las escopetas y gritando. Allí quedó durante tres meses. Su superior y compañero de prisión, P. José María de Jesús, relata que el P. Juan rezaba todos los días el oficio divino y el rosario, se confesaba, y junto con sus hermanos religiosos «hacía vida de convento». «Noté en él una gran transformación en el orden espiritual desde que supo que iba a morir». El espectáculo de los compañeros de prisión, sacados de la cárcel para llevarlos a matar debió herir constantemente su sensibilidad; depone el P. José María:

El P. Juan callaba, conforme con la voluntad de Dios. Ya en la prisión de Andújar continuó con la misma conformidad, sin quejarse de nada, y llevando todo con mucha paciencia. Se confesaba con mucha frecuencia. Cuando sacaban a fusilar a los presos de Andújar, se levantaba y se ponía tendido en cruz hasta el otro día, rogando a Dios que les concediera una santa muerte.

Pasados tres meses en la cárcel de Andújar, el 29 de octubre de 1936 los tres religiosos trinitarios fueron trasladados a la Catedral de Jaén, habilitada como cárcel. A su llegada fueron destinados a «Villa Cisneros», nombre eufemístico para denominar la sección de los condenados a muerte.

A quien visita la bellísima Catedral de la Capital del Santo Reino le resultará difícil imaginarse sus naves abarrotadas por una multitud de prisioneros en aquellos días: hasta 1.200 se llegaron a contar en los momentos de mayor ocupación. Muchos de ellos (centenares) fueron asesinados de forma arbitraria. El director de la cárcel dispuso que los sacerdotes se aposentaran en la célebre «Villa Cisneros» para estar junto a los condenados a muerte. Del clero secular diocesano hubo muchos sacerdotes presos; del clero regular sabemos, al menos, de seis claretianos de la Merced, dos trinitarios de Villanueva del Arzobispo, tres trinitarios del Santuario de la Cabeza y un carmelita descalzo de Úbeda. Así mismo, en la sacristía tuvo su prisión el obispo de la diócesis, Siervo de Dios don Manuel Basulto Jiménez, quien fue incluido entre un grupo de 150 presos que fueron sacados de la Catedral la noche del 11 de agosto de 1936. Junto con otro centenar más de presos (algunos hacen llegar la cifra total hasta 300), fueron «prensados» en vagones de tren (expresión textual de un superviviente), que fueron añadidos a un tren que haría el trayecto Jaén-Madrid, con el objetivo «oficial» de trasladarlos a la cárcel de Alcalá de Henares. A

las tres de la tarde del 12 de agosto, cuando el tren pasaba a la altura de la «Casetta del Tío Raimundo», junto a Vallecas, el tren fue detenido, y allí mismo un grupo de revolucionarios armados asesinó a unos 250 presos, entre ellos al obispo de Jaén, a su hermana (que no se había querido separar de él), al Vicario General de la diócesis, el Siervo de Dios don Félix Pérez Portela, y a varios otros sacerdotes.

Sobre la vida en «Villa Cisneros», nos quedan estremecedores datos. «Parroquia in articulo mortis», la llama don Antonio Montero en su insuperable obra «Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939», donde día y noche, durante meses, unos veinte sacerdotes ayudaron a los sentenciados a muerte a afrontar tan terrible momento. Los padres claretianos que sobrevivieron a la experiencia escribieron:

«Allí se rezaba en común, se leía, se cantaba, se hacía la recomendación del alma. Cuando se iban a ir [los condenados a muerte] nos solíamos levantar todos: los abrazábamos y nos despedíamos de ellos hasta la eternidad... Después rezábamos las letanías de los Santos, una parte del santísimo Rosario y el De profundis por sus almas».

El P. Juan de Jesús y María rezaba el oficio, cuando podía tomar uno de los pocos breviarios que había a disposición. Alternaba las oraciones con los coloquios con los condenados a muerte; rezaba mucho el rosario, y decía que

era «la mejor forma para prepararse a morir». El P. José María de Jesús afirma que la transformación que había visto en el P. Juan, ya durante el tiempo de prisión en Andújar, se fue acrecentando en Jaén, siendo cada vez más piadoso, caritativo, servicial, mortificado y humilde; dice que se granjeó el aprecio de todos, hasta llegar a ser uno de los reclusos más queridos. Uno de los sacerdotes compañeros, Paz Porras, lo recuerda así:

Recuerdo perfectamente que en aquellas tardes tan largas y tan tristes me bastaba con una ligera insinuación de que quería pasear o hablar con él para que al momento dejara lo que estaba haciendo para atenderme a mí. Sólo recuerdo de una o dos veces en todo el tiempo que nos tratamos que tenía pocas ganas de hablar. Era para mí un verdadero placer y una alegría indecible, dentro de tantas tristezas que teníamos que devorar, el hablar con él sobre temas relacionados con la situación que nos envolvía y de otros menos trascendentes, con los que tanto gozaba el buenísimo y candoroso P. Juan.

Cuando hablábamos de la situación prefería que yo llevara la iniciativa y el hilo de la conversación, siendo muy pocas las palabras que dejaba salir de su boca; si bien ponía una atención extrema al tema que tanto nos preocupaba a todos los reclusos.

Otras veces le decía que me tradujera al vascuence las palabras que a mí se me ocurrían, riéndose conmigo con una sencillez encantadora. Como teníamos tiempo para todo era mucho lo que hablábamos de temas muy variados. Cuando llegaba el turno a su vida de colegial en los centros de formación de su Orden, era verdaderamente elocuente; lo mismo que al hablar de las casas de la Orden y de algunos padres beneméritos.

Era querido de todos los de la prisión. Él era bastante callado. Los que por ser más jóvenes, para animar a los otros y para

animarnos a nosotros mismos, a gusto o a disgusto de la vigilancia que no acostumbraba a perder ocasión para molestarnos, íbamos por todos los cuatro patios de la prisión, podíamos apreciar el alto grado de estima y de respeto en que por todos era tenido el Padre Juan, aún sin haber tratado con él muchos de los que tanto le querían. Alguna vez íbamos juntos él y yo, y muchos de los reclusos con los que nos encontrábamos le saludaban cariñosamente con estas palabras: Padre Juan.

Él respondía con una sonrisa de amabilidad a todos. Creo poder asegurar que era uno de los tres o cuatro que gozaban de más simpatía en la población penal. Muchísimas veces le ví solo, con el Santo Rosario en la mano, sumido en serias meditaciones. Y quiero recordar al buen Padre Juan muy afanado en busca de alguno de los pocos breviarios que se lograron introducir en el recinto de la prisión.

Era inconfundible con su traje color marrón. Puedo asegurar también que eran los Padres del Corazón de María con quienes más intimó. Casi siempre andaba junto con alguno de los nuestros...Recuerdo que se organizó una expedición de presos, creo que a Totana o a Orihuela. Eran tantas las simpatías de que gozaba entre todos los que no figurábamos en la expedición, que se trató de buscar influencias para que no figurara él y se quedara en la cárcel. Así se hizo. Se borró su nombre de la lista de expedicionarios y se quedó con nosotros.

Hacia febrero de 1937 se acentuó en la cárcel un hambre extrema y una mayor libertad para celebrar el culto religioso. Se pudo introducir el Santísimo Sacramento (disimulado en cajas de medicinas) y celebrar misas, interrumpidas en algunas ocasiones por denuncias de algunos presos comunes. Hubo vez en que se repartieron hasta 140 comuniones. El 25 de marzo, Jueves Santo, los sacerdotes presos pudieron celebrar, en condiciones heroicas

y emocionantes, los cultos propios de la festividad. El relato merece la pena de transcribirse:

Me asegura M. Rodríguez que tenemos que celebrar los oficios del día. Tenemos cálices y misales escondidos, pero ¿dónde las formas y un lugar que ofrezca un mínimo de garantías? Las hostias llegaron a tiempo (dicho sea en elogio de Guarromán) y, respecto del lugar, dimos con la mejor solución: la enfermería. En ella se van consumiendo lentamente los enfermos: es un lugar sombrío, insano, tristísimo... Corro a dar la gran noticia a uno de los enfermos, el P. Juan Manuel, carmelita de la residencia de Úbeda, quien se conmueve profundamente y me dice, estrechándome las manos: «¡Que Dios le bendiga!». Y después, con voz que parecía un suspiro: «La lámpara se apaga..., ya le falta combustible, pero voy a recibir a Jesús, ¡qué felicidad!».

25 de marzo.... Jueves Santo... Son las cinco de la mañana y casi todos los sacerdotes nos encontramos congregados con los enfermos. ¡Espectáculo magnífico! Vieras allí al P. Juan Matías, apoyándose en un palo, pues tiene las vértebras dislocadas; a J. Montoro, con el cráneo destrozado en parte, por efecto de la metralla; a Martín Rodríguez, acardenalado de pies a cabeza; al P. Juan Manuel, extraído milagrosamente con vida del fondo del pozo de su convento, y a tantos y tantos, pisoteados, abofeteados y escarnecidos por las turbas, con la cara deshecha, con las articulaciones dislocadas y todos con las huellas de los más diferentes y atroces suplicios. ¡Espectáculo magnífico! ¡Estampa digna del spolarium de la Cárcel Mamertina! Jamás me parecieron más augustas las ceremonias de nuestro culto.

Comienzan los oficios divinos, ahora para sacerdotes; después se celebrará segunda misa para seglares, los que recibirán la sagrada comunión por tandas, para no despertar sospechas. En una pobre mesa habilitada para altar se van colocando los ornamentos y a ella

se dirige el P. Francisco Solís, y comienza a revestirse. Al verlo ponerse el amito sobre el traje de paisano siento una punzada fuerte en el corazón. La santa misa ha comenzado y los sacerdotes nos hemos arrodillado junto al altar; en verdad que nos vemos calumniados, pobres, despreciados, perseguidos, pero debo proclamar que nunca hemos gozado de tan amplia libertad de espíritu.

El P. Juan fue condenado a veinte años de prisión en el juicio al que fue sometido, todo él formulado sobre acusaciones falsas; su actitud fue la de no defenderse, como atestigua el P. José María de Jesús. El P. Jacinto Muñoz recuerda, a propósito:

El Padre Trinitario Fray Juan Otazua Madariaga, compañero de prisión en la cárcel de Jaén, fue siempre de trato inocente y sencillo, tanto que generalmente se le tenía como a un niño, incapaz de molestar a nadie. Y aunque retraído, no dejaba de ser agradable para todos los que a él se acercaban. Por eso, cuando se supo que le habían condenado a veinte años de cárcel, y sobre todo cuando le sacaron para la ejecución, todos quedamos completamente admirados, diciendo: ¿Qué habrán podido encontrar en la conducta de este santo hombre? Aquí se ve bien a las claras su saña contra la Religión.

En parecidos términos se expresa el P. Paz Porras, claretiano:

¿Causas? El odio a la Religión Católica exclusivamente. Jamás se destacó en la prisión como simpatizante de ninguno de los bandos, lo cual pudiera inducir a sus asesinos a quitarle la vida por motivos políticos. Estaba allí en la prisión en las mismas condiciones

y por los mismos motivos que los restantes compañeros sacerdotes. Jamás le oí hablar ni una palabra de política. Si se me hiciera una pregunta y se me pidiera un juicio colectivo sobre los que en la prisión de Jaén fueron condenados a muerte o de allí salieron para dar su sangre por Jesucristo, siendo verdaderos mártires de la Religión católica y de España, creo poder asegurar que el primero en méritos para esta gloria tan grande es el buenísimo y candoroso Padre Juan Otazua Madariaga.

En represalia por un bombardeo de la aviación del bando nacional sobre la ciudad de Jaén, se decidió ejecutar a una parte de los presos de la Catedral. La noche del 2 al 3 de abril de 1937, poco después de la medianoche, se presentaron los vigilantes en «Villa Cisneros», encendieron las luces y dijeron en alta voz: «Los que se lean, que se vistan y salgan a la galería». Fray Luciano Aguirre, que dormía junto al P. Juan, nos narra la escena:

Eran poco más o menos alrededor de la una de la madrugada cuando entraron en nuestro departamento y empezaron a leer la lista; desde luego él no esperaba, ni yo tampoco creía que le pudieran llamar a él, pero por desgracia nos equivocamos los dos. Cuando le llamaron le dije: Padre Juan, a V. R. le han llamado, y cuando le miré, vi que estaba rezando el rosario y me dijo estas palabras: Fray Luciano, si alguna vez llega al convento, diga a los Padres cómo me han llamado y cómo estaba rezando el rosario, y se despidió de mí. Yo quedé allí quieto porque los que vinieron no nos dejaron movernos del lecho, pero luego me enteré cómo le dio la absolución D. Bartolomé Torres, párroco de Santa María Magdalena de Jaén.

El mismo don Bartolomé testificó en el Proceso, recordando cómo el P. Juan le dijo «me han leído en la lista, quiero confesarme»; lo hizo, y al despedirse le pidió que dijera a los frailes que lo perdonasen por las inobservancias que hubiera tenido, que esperaba morir como un buen religioso; «adiós, hasta la eternidad».

Entre los llamados (unos cincuenta) había varios sacerdotes. Uno de ellos era el Siervo de Dios don Francisco Solís Pedrajas, párroco y arcipreste de Mancha Real. Otro, don Juan María Torres Pérez, párroco de Santiago de la Espada, quien antes de salir besó los pies de sus compañeros y de los mismos vigilantes de la cárcel. Los camiones esperaban en la plaza de Santa María. Una vez que los condenados hubieron subido, escoltados, emprendieron rumbo a Mancha Real, situada a 20 kilómetros de Jaén. Durante el camino, don Francisco Solís, magnífico orador y hombre de honda espiritualidad, se encargó de enfervorecer a sus compañeros dirigiéndoles palabras de ánimo ante el inminente martirio.

Llegados a la cercana villa de Mancha Real, los camiones tomaron rumbo al cementerio. Y allí mismo fueron asesinados, fusilados junto a las tapias, mientras cantaban la Salve, dirigidos por don Francisco Solís. Los testigos del proceso del P. Juan aportan pocos datos al respecto, ya que lo que sabían era de oídas. A las generalidades, uno de ellos dijo que «después de haberles dado la muerte, les destrozaron los cuerpos para que no se les pudiese conocer,

y para eso mismo, antes de sacarles de la prisión les quitaron también todas las iniciales de sus ropas». Y don Bartolomé Torres afirma que se marchó «cantando cánticos piadosos». Para conocer los detalles, es preciso irse a consultar los testimonios relativos al párroco de Mancha Real, don Francisco Solís, en su proceso de beatificación.

Pasados unos días, un vigilante de la prisión de Jaén, que había estado presente en los asesinatos múltiples de aquella noche en Mancha Real, le dijo a un sacerdote prisionero, llamado don José Antonio del Río:

Cuando los llevaban al cementerio de Mancha Real comenzó a predicar [don Francisco Solís] y cómo pondría a los presos, que todos se pusieron a cantar. ¡A cantar, don José! Esto no se ha visto nunca. ¡Pues sí, a cantar! ¡Cómo les pondría la cabeza! Y seguían cantando mientras disparaban los fusiles. ¡Esto no se ha visto nunca! Ya habían despachado a casi todos y don Francisco, de pie, seguía cantando o rezando, o qué sé yo.

Cuando iban cantando en los camiones, uno de los milicianos dijo: «Sí, cantad, cantad, ¡si supiérais lo que os espera!»; a lo que respondió don Francisco: «¿Que no lo sabemos? Precisamente porque lo sabemos, queremos confesar a Cristo por última vez en la tierra».

Don Francisco Cavallé Cobo, en la biografía que escribió sobre don Francisco Solís, titulada «Hombre de Dios», cuenta que aquella noche no hubo alumbrado eléctrico en

Mancha Real, y que aprovechando la oscuridad, dos hombres (un sacerdote y su padre, vecinos de la población) se movían por las afueras del pueblo, en busca de un nuevo escondite. Llegados al lugar llamado El Egido, vieron que se acercaban unos camiones, y se escondieron, por miedo, detrás de unos álamos. Desde allí contemplaron el paso de los camiones, cuyos ocupantes formaban un «estremecedor coro de voces graves», cantando cánticos religiosos: «Al final de la alameda los camiones doblaron en ángulo recto hacia la izquierda, y sus faros iluminaron las tapias del cementerio... Alberto y su hijo empezaron, horrorizados, a entender el enigma de aquellos cánticos... Y unas descargas de armas de fuego disiparon cualquier duda...».

Como queda dicho, después de asesinados, destrozaron los cuerpos para que no pudieran ser reconocidos. Después fueron enterrados en el mismo cementerio de Mancha Real.

Cantando hasta la muerte. Estremecedora escena martirial. El último recuerdo de don Bartolomé Torres, el sacerdote con quien se confesó el P. Juan antes de salir de la Catedral, fue precisamente ese: iba entonando cánticos piadosos. Seguramente, entre el numeroso grupo destacaría la bella voz de bajo del religioso trinitario que hiciera las delicias de los madrileños en la iglesia de San Ignacio. Cantando... hermosa manera de confesar a Cristo en los últimos momentos por parte de aquellos que, en semejantes circunstancias, gozaron de la más amplia libertad de espíritu.

III. MÁRTIRES TRINITARIOS DE BELMONTE (Cuenca)

1. Belmonte y su comunidad de trinitarios

Pocas ciudades hay en España que ofrezcan al visitante una sensación tan espiritual como Belmonte. La vista de sus murallas y puertas, de sus conventos y casas solariegas, todo presidido por las moles de su famoso castillo y de su hermosa colegiata, en medio de mansos campos, dejan el alma del peregrino en un sabroso sosiego. Belmonte es, ante todo y sobre todo, la patria de fray Luis de León, uno de esos nombres que por sí solos son capaces de ennoblecer la lengua castellana por el mero hecho de que una persona como fray Luis haya hablado, cantado, pensado, rezado, escrito y vivido en ella. Su vida es una de las más fascinantes, por sabia y libre, de cuantas bajo la cruz de Cristo se hayan vivido en los prolíficos surcos de la tierra hispana. Siempre fray Luis será buen amigo y compañero de camino deleitoso, capaz de despertar en el alma de quienes trajinamos en la vida de trabajos la nostalgia del aire del huerto, del monte, de la fuente, del río... del querer vivir conmigo, mientras que las tardes de Belmonte, con la luz dorada de atardecer en calma, nos recordarán siempre que sólo en la eternidad gozaremos de la hiedra y del lauro, coronados en la quietud del sestar junto al Dulce Esposo.

Belmonte es pródiga en letras, armas y aureolas. A la voz de fray Luis, a Belmonte debida, se habría de añadir la memoria de que la Villa fue dada en heredad al infante don Juan Manuel, nieto del Santo Rey castellano, Fernando III, y en ella se construyó en 1323 su palacio residencial el autor del Conde Lucanor. Fueron los marqueses de Villena quienes construyeron el castillo en el siglo XV, con las murallas que lo unen a la villa. Y aquí, en Belmonte, nació para la tierra san Juan del Castillo, mártir jesuita del Río de la Plata en 1628, y nació para el cielo el trinitario beato Domingo del Santísimo Sacramento en 1927.

De entre las comunidades religiosas que se han sucedido en la historia de Belmonte, particular huella ha dejado la de la Orden de la Santísima Trinidad, a pesar de su corta historia, de cincuenta años (1923-1973). Los trinitarios se aposentaron en el antiguo convento de los franciscanos, fundado en 1430 por los marqueses de Villena; los frailes menores permanecieron en él hasta 1835. Fue adquirido el inmueble por el conde de Buenavista, quien posteriormente lo volvió a ceder a los franciscanos, que permanecieron en Belmonte hasta 1919. La Casa de Buenavista ofreció el convento al Provincial de la Orden Trinitaria en España, P. Pedro de Santa Teresa; el Definitorio Provincial aprobó la fundación el 14 de junio de 1923. Tras haber restaurado el convento, bastante grande, capaz de albergar a 50 religiosos y 60 colegiales, el 12 de octubre de 1923 tomaron los trinitarios posesión de su nueva casa.

La labor de los frailes en el pueblo fue la atención al culto de la iglesia, la educación de los niños a través de la reapertura de la escuela que habían regentado los padres franciscanos; poco después de la fundación se designó esta casa como uno de los seminarios mayores de la Provincia, y algunos años fue también casa de noviciado. Pasados tres años de la llegada de los trinitarios a Belmonte, fue destinado a esta casa, enfermo de tisis, el joven P. Domingo del Santísimo Sacramento (Iturrate Zubero). Llegó el 28 de diciembre de 1926, y murió el 7 de abril de 1927. Fue sepultado en el cementerio municipal; más tarde sus restos fueron llevados a la iglesia conventual, para ser definitivamente trasladados a Algorta (Vizcaya) el 14 de febrero de 1974, tras haberse marchado los trinitarios de Belmonte. El P. Domingo fue beatificado por Juan Pablo II el 30 de octubre de 1983 en la Plaza de San Pedro, en Roma.

2. Disolución de la comunidad trinitaria de Belmonte. Prisión y martirio de cuatro religiosos.

Habiendo comenzado la Guerra Civil el 18 de julio de 1936, la población de Belmonte se encontraba en calma en los días posteriores. Llegaban noticias de la formidable persecución religiosa que se extendía por doquier; los frailes trinitarios, muy queridos por toda la población, se sentían tranquilos. Muchos vecinos les aseguraban que defenderían las iglesias y los conventos del pueblo, y que si llegaba el momento, les ofrecían sus casas para esconderse.

La comunidad estaba compuesta por 17 religiosos: los Padres Luis de San Miguel de los Santos, Melchor del Espíritu Santo (superior), Santiago de Jesús (maestro de estudiantes o coristas), P. Gabriel de la Dolorosa y P. León de la Encarnación; los hermanos cooperadores fray Juan de la Virgen del Castellar y fray Antonio del Santísimo Sacramento; y los jóvenes hermanos coristas (estudiantes de teología): fray Andrés de Cristo Rey (Sagarna), fray Francisco de la Preciosísima Sangre (Calvo), fray Ignacio del Purísimo Corazón de María (Iturrate, hermano del beato Domingo), fray Timoteo del Buen Pastor (Curiel), fray Martín del Santísimo Sacramento (Olábarri), fray Valentín de San Cristóbal (Enzunza), fray Juan de San Martín, fray José de la Sagrada Familia, fray Julio de la Virgen del Carmen y fray Justo de la Preciosísima Sangre.

El 28 de julio, hacia las 5 de la tarde, llegaron a Belmonte muchos milicianos procedentes de Madrid (Vallecas). Alertados los religiosos, se apoderó de ellos «la angustia y la incertidumbre... aunque los más optimistas afirmaban que sería cosa de unos días». El P. Santiago de Jesús, maestro, llamó y reunió a los jóvenes coristas, diciéndoles que había que abandonar inmediatamente el convento. Por las tapias del convento que daban a la ermita de San Antón, salieron varios religiosos; al otro lado había bastantes vecinos, esperándolos para esconderlos en sus casas. Por la noche salió el P. León, anciano y casi ciego, vestido con una dulleta, yendo a un domicilio particular. El P. Gabriel se encontraba

en Madrid. Así pues, quedaron en el convento solamente el P. Mechor, superior de la casa quien, con un optimismo «incomprensible» no quiso marcharse; y también quedaron el P. Luis, enfermo, y el hermano fray Juan, que no quiso abandonarlos en aquellas circunstancias. El Maestro, P. Santiago, no descansó hasta ir dejando a sus estudiantes escondidos con varias familias del pueblo.

Al día siguiente, 29 de julio, muy de madrugada, los padres Melchor y Luis celebraron misa en la iglesia conventual. Amanecieron izadas las banderas rojas en el ayuntamiento, parroquia y castillo. Los milicianos venidos de Vallecas empezaron a registrar casas y personas. Aunque el alcalde les dijo que en el convento no quedaban frailes, alguien les dijo que aún quedaban algunos. Hacia el mediodía fueron algunos a cerciorarse, y llamaron a la portería; salió a abrirles fray Juan de la Virgen del Castellar. «¿Estás solo?», le preguntaron; «no, somos tres», les respondió. Le ordenaron, bajo amenazas de fusilamiento, que fuera a buscar a los otros dos. El P. Luis había salido, refugiándose en una huerta cercana a la muralla; fray Juan fue a buscarlo, y le dijo: «Padre Luis, le han visto los milicianos, y nos dicen que si no vuelve V. R. nos fusilan al superior y a mí»; así pues, se fue con él al convento.

Detenidos los tres religiosos, fueron cacheados, quitando al superior algún dinero y ultrajando al hermano Juan. Fueron llevados al ayuntamiento, donde fueron

interrogados; preguntaron al superior dónde estaban los demás frailes, y él guardó silencio. Al P. Luis le dijeron que lo habían visto en Somosierra disparando contra «los hijos del pueblo»; el P. Luis respondió que él no se había movido de Belmonte. Algunos circunstantes empezaron a pedir que les ataran a los camiones y fueran arrastrados por las calles. Sin embargo, fueron llevados a la cárcel. El carcelero y su mujer socorrieron a los religiosos como mejor pudieron, y de parte del superior llevaron recado a los demás religiosos de la comunidad, para que se ocultaran bien e hicieran lo posible por salvar las formas que habían quedado en el sagrario de la iglesia. Días después, el secretario del ayuntamiento y un alguacil las recogieron y entregaron a un sacerdote, capellán de las concepcionistas. El mismo alguacil recogió los ornamentos y vasos sagrados, los metió en la biblioteca del convento y tapió la puerta, consiguiendo que todo pudiera salvarse.

El P. Santiago, mientras tanto, con ayuda de los vecinos del pueblo, iba colocando a los estudiantes en casas, cambiándolos si las circunstancias lo aconsejaban. Con los que no pudo colocar en ningún sitio, el mismo día 29 se escondió en un cañaveral junto a la ermita de la Virgen de Gracia. Cuando llegó la noche, yendo con dos estudiantes por una calle, rumbo a un domicilio donde colocarlos, fue reconocido por un miliciano y encarcelado el 30 de julio. Los estudiantes eran fray Francisco de la Preciosísima Sangre (Calvo) y el hermano fray Antonio del Santísimo

Sacramento. Fueron a donde estaba oculto un compañero, fray Andrés de Cristo Rey (Sagarna) y le dijeron: «Han detenido al Padre Maestro, y al ver que los milicianos se dirigían a él, nos ha hecho señas para que huyamos».

El día 31 de julio, los cuatro religiosos encarcelados fueron llevados en un camión a la cárcel provincial de Cuenca, donde permanecieron hasta el 20 de septiembre, en que fueron «puestos en libertad». Esta «libertad» era en realidad un engaño; bajo apariencia de legalidad, se liberaba a los presos, teniendo todo preparado para que fueran capturados por milicianos armados que podían asesinarlos a su antojo. Los cuatro fueron de nuevo detenidos y llevados al cuartelillo de la «Hacienda Vieja». El 24 de septiembre fueron fusilados a las puertas del cementerio de Cuenca. Allí fueron enterrados, en una fosa común. El 19 de octubre de 1939 fueron identificados sus restos y sepultados en un panteón, dentro del mismo cementerio de Cuenca. El 24 de enero de 1953, gracias a las gestiones del Ministro Provincial de España, P. Andrés de Cristo Rey, los restos de los cuatro mártires fueron exhumados y trasladados a la iglesia conventual de Belmonte. Actualmente se encuentran en la iglesia parroquial de San Juan de Mata, en Alcorcón (Madrid), regentada por los padres trinitarios.

Antes de presentar a cada uno de los cuatro mártires de Belmonte, para satisfacer la curiosidad de los lectores, diremos algo sobre la suerte del resto de la comunidad

trinitaria. El anciano y enfermo P. León de la Encarnación estuvo escondido sucesivamente en dos domicilios particulares de Belmonte, falleciendo en el segundo el 27 de septiembre de 1938 a causa de una congestión cerebral y hemorragia. El segundo de los hermanos cooperadores, fray Antonio del Santísimo Sacramento, fue incorporado a filas, y murió en Barcelona (al parecer por fiebres tifoideas) a primeros de enero de 1938.

Los coristas, al enterarse de que se habían llevado a los padres a Cuenca en un camión, decidieron abandonar el pueblo y esconderse en el campo. Pasando momentos de auténtico pánico, y con ayuda de una señora, lograron llegar a la salida del pueblo, emprendiendo una carrera acelerada, que fue contemplada con compasión por los campesinos que trabajaban los campos. Llegaron al bosquecillo de «La Semilla», donde se escondieron. Una mujer que vivía como casera de una finca, los vio y fue al pueblo a abastecerse de víveres para que pudieran comer. Muchos de los labradores, al acabar las faenas en los campos fueron a hacerles visita al bosque. Al día siguiente vino más gente con víveres. Vino también un ex-concejal, quien al ver el aspecto que ofrecían aquellos muchachos se echó a llorar como un niño. Varios vecinos, desafiando el miedo y las consecuencias nefastas que podría acarrear su arrojito, fueron a por ellos para llevarlos al pueblo y ocultarlos entre algunas familias. Los metieron en carros de mieses, ocultándolos bien; ellos iban rezando el trisagio en voz baja. Escucharon perfectamente

los saludos en los controles de los milicianos situados a la entrada del pueblo. Bien entrada la noche, llegaron a las eras y pudieron salir de entre las pajas. Allí, los vecinos habían llevado comida para que cenaran. Acompañados por hombres, entraron en el pueblo para ir a los domicilios designados, disfrazados de segadores.

En diversas casas estuvieron escondidos durante ocho meses. Tres de ellos en una casa deshabitada; estos tres «frailecillos» fueron alimentados durante todo ese tiempo por una anciana y su hija, que cada día les pasaban por las tapias del corral la comida que preparaban para ellos. Uno de estos tres era Andrés de Cristo Rey, que emocionado, escribiría años más tarde:

Nunca me olvidaré de estas buenas señoras; nunca las podré pagar lo que por nosotros hicieron; lo que por nosotros se sacrificaron y lo que por nosotros lloraron durante los ocho meses que estuvimos bajo su cuidado y vigilancia maternales, con continuo riesgo de ser detenidas con nosotros. Nos preparaban diariamente la comida, que dentro de una cesta nos pasaban por la pared del corral que dividía las dos casas. Solamente una madre puede hacer lo que ellas hicieron por nosotros. ¡Cuántas veces lloraron ante los registros y cuántas noches pasaron en vela, velando por nosotros! ¡Que la Santísima Trinidad les recompense!

De las innumerables peripecias vividas por aquellos jovencísimos religiosos, cabe reseñar lo ocurrido a fray José de la Sagrada Familia, escondido en una casa de campo por la anciana casera. Descubierta, la anciana mujer fue robada

de sus ahorros por los milicianos, y el corista detenido y llevado a la cárcel de Belmonte. Posteriormente fue trasladado a la cárcel de Cuenca, siendo dejado en libertad el 21 de abril de 1937. Para imaginarse el clima de terror continuo que vivieron los coristas, decir que cuatro de ellos, en un amago de inspección nocturna por parte de milicianos en la casa lindera a la que se encontraban ocultos, al hacer fuerza para encaramarse en una tapia y huir, derrumbaron el muro.

El 18 de abril de 1937 se presentaron en Belmonte varios policías de Cuenca y un camión de guardias de asalto, con un oficio del gobierno de Madrid, preguntando por varios jóvenes vascos, nominalmente citados, que eran reclamados por el Gobierno vasco. Detrás de esta medida estaba una intervención directa del lehendakari José Antonio Aguirre. Así, los coristas de origen vasco fueron incorporados a filas; más tarde la mayoría volvería a la Orden, siendo extraordinarios religiosos a los que hemos conocido. El último sobreviviente del grupo, P. Ignacio Iturrate, ha fallecido en 2006.

En fin, todo el pueblo salió a despedirlos con muestras de gran afecto. De los vascos, hay una excepción: fray Valentín de San Cristóbal, de 22 años de edad, quien a consecuencia de los sustos y de los lugares donde tuvo que esconderse (estuvo mucho tiempo dentro de un pozo) contrajo la tuberculosis, de la que murió en un domicilio

particular de Belmonte, el 13 de agosto de 1937. Los dos estudiantes no vascos, Francisco de la Preciosísima Sangre y Timoteo del Buen Pastor, permanecieron escondidos en el pueblo hasta el final de la Guerra Civil, en 1939. Ambos han fallecido como conventuales del Santuario de la Fuensanta, en Villanueva del Arzobispo: el primero en 1991, y el segundo en 2005.

Creemos que este excursus no habrá sido en vano. Nos muestra los extremos a los que llegó la persecución religiosa, realmente dramáticos y sobrecogedores, que no se paró ante el anciano y enfermo, ni tampoco ante jovencitos que apenas habían empezado a vivir, por el mero hecho de ser religiosos. Por otra parte, resulta entrañable el cariño demostrado por el pueblo de Belmonte hacia sus frailes, amor ciertamente heroico, que merece grabarse con oro en la memoria de la Orden Trinitaria.



*3. El Beato Luis de San Miguel de los Santos.
El martirio de un enfermo.*

Luis de Erdoiza y Zamalloa nació el 25 de agosto de 1891 en Amorebieta (Vizcaya), y ese mismo día recibió el bautismo en la parroquia de Santa María. Su familia era muy religiosa; un hermano suyo también fue religioso trinitario, llamado P. Martín de la Ascensión (+1915, La Rambla).

El 25 de abril de 1905 entró en el aspirantado de Algorta; allí vistió el hábito en 1906, y emitió su profesión simple el 6 de octubre de 1907. Estudió la filosofía en La Rambla (1907-1908). Siendo de inteligencia despierta, los superiores lo destinaron como conventual a la casa de San Carlino, en Roma. Allí hizo la profesión solemne, el 14 de agosto de 1910, recibiendo la ordenación sacerdotal en la Archibasílica de Letrán el 8 de abril de 1916. En la Pontificia Universidad Gregoriana volvió a cursar filosofía (1910-1913), también la teología (1913-1917), y estudió dos años de derecho canónico en el Angelicum (1917-1919).

Fue destinado al convento de la Orden en Viena (Austria), donde residió entre 1920 y 1925, consiguiendo un dominio perfecto de la lengua alemana. Trabajó con denuedo en el ministerio parroquial, dirigía las funciones de la iglesia y tenía fama de predicar bien.

Vuelto a España, estuvo un año en Algorta, y en 1926 fue nombrado maestro de estudiantes coristas del convento de Córdoba, explicando las materias de moral y derecho canónico. Entre 1929 y 1933 fue superior del convento de Belmonte, impartiendo clases de filosofía a los estudiantes. En el Capítulo Provincial de 1936 fue elegido Consejero Provincial.

Sus discípulos de Belmonte lo recuerdan como un hombre muy observante de la Regla y Constituciones, que

exigía también a los demás su puntual observancia. Era algo rigorista, de carácter exigente, aunque con los enfermos era muy cariñoso y paternal, preocupándose de que no les faltase nada. Se dedicó con gran empeño y frutos a los ministerios de la confesión y del púlpito, y le daba mucha alegría que los párrocos de la comarca belmonteña pidieran ayuda a los trinitarios para predicar y oír confesiones en tiempo de cuaresma, ofreciéndose con gusto para ello. Algo exagerado y puntilloso en el cumplimiento de las rúbricas litúrgicas, no quería que ningún sacerdote celebrara con rapidez y prisas; el rezo del Oficio Divino era su máxima preocupación. Insistía mucho a los estudiantes en que procuraran dominar bien el canto gregoriano. El influjo positivo que sus principios ejercieron sobre los formandos de Belmonte corrió de boca en boca por la Provincia del Espíritu Santo, y llegó a oídos del Venerable Félix de la Virgen, quien, en una carta a un religioso de Belmonte, le decía: «Dígale al Padre Ministro que estamos copiando la devota y pausada salmodia de ese Colegio». Uno de aquellos estudiantes recuerda:

Muy amante de la Sagrada Eucaristía; recuerdo, como uno de los actos más formativos de mi devoción al Santísimo Sacramento, sus santas exigencias con todo lo que se refiriera al culto de la Sagrada Eucaristía. Decía la Misa con manifiesta devoción exterior, símbolo, señal de su fervor, preparaba para el culto del Santísimo las velas y el incienso de mejor calidad; quería que la Exposición se hiciese siempre con solemnidad; miraba con mucho esmero no sólo la música que preparaban los estudiantes para el culto, sino

incluso las mismas piezas orgánicas que, aún sin ser técnico en la materia, si no eran conformes según su oído a la seriedad de la liturgia y del culto, lo advertía inmediatamente al interesado.

Sentía tierna devoción a la Santísima Virgen ... rezando el rosario... Muy amante de los Santos de la Orden: San Juan de Mata, San Félix de Valois y del Reformador Juan Bautista de la Concepción. Era devotísimo de la Iglesia, Nuestra Madre, y hablaba con gran fervor de Su Santidad el Papa... Hablaba siempre con muchos datos de la virtud y ejemplaridad de nuestro Reverendísimo Padre Antonino de la Asunción, Ministro General.

Tenía fama merecida de ser gran limosnero, de que trataba a todo el mundo muy bien, y la gente lo quería y apreciaba. A pesar de ser de carácter exigente, sabía cómo hacer reír a los estudiantes. Disfrutaba mucho en las fiestas navideñas, divirtiéndose con ellos.

El P. Luis sufrió durante largos años de problemas de salud muy dolorosos, ciática, reuma y varices, que le provocaron varias fístulas en la pierna derecha por las que sangraba. Muchas temporadas no podía salir de la cama, y los estudiantes de entonces lo recuerdan rezando en la cama el oficio divino y el viacrucis, y cuando los dolores arreciaban decía muchas jaculatorias a Jesús y a la Virgen. En este sentido, un testigo recuerda que en una ocasión, en que había permanecido en cama varios días sin levantarse, los estudiantes lo sacaron del lecho para arreglárselo; al ponerse en pie, al cargarse la pierna con el peso del cuerpo y afluir la sangre, reventó en varias fuentes; acostado de nuevo y mientras sangraba copiosamente, en medio de

intensos dolores repetía sin parar jaculatorias piadosas. A este propósito, fray Martín del Santísimo Sacramento recuerda en su declaración que, en el invierno de 1931-1932, pasó varios meses en cama, y ni un solo día dejó de explicar la lección a los coristas; meditaba mucho sobre la eternidad, y decía en las conversaciones: «¡Qué tristes las últimas horas de esta vida para aquellos que llegan a las puertas de la muerte con las manos vacías!».

Cuando el P. Luis fue detenido en su convento, lo llevaron hasta el Ayuntamiento dándole golpes y puñetazos; él iba con un bastón, porque no podía andar debido a las úlceras de la pierna. Iban pregonando delante de él: «¡Ya ha caído un pájaro! ¡Le vamos a colgar en la farola de la Plaza!». Una vez en la Casa consistorial, los jefes de los milicianos venidos de Vallecas acordaron fusilarle, desnudo, junto a la farola de la Plaza. Mientras duraban las deliberaciones, le golpeaban con las pistolas en la cara y en el cuerpo; el P. Luis permaneció todo el tiempo con los ojos cerrados, «sin hacer un guiño ni quejarse lo más mínimo». Lo llamaban «el fraile gordo». Uno de los milicianos se encaró con él y le dijo: «¿Con que tú eras el que hace unos días nos perseguías a todos en Vallecas con una pistola?» (otros afirman que decía «en Somosierra»); el P. Luis quedó callado. El miliciano insistió: «¿Con que no contestas? Señal que tú fuiste»; al final, el P. Luis respondió: «No fui yo», con voz sumisa, humilde, sin violentarse. Varios hombres del pueblo salieron en su defensa, diciendo a los milicianos

que el P. Luis no se había ausentado en aquellos días de Belmonte.

En el calabozo de Belmonte, el grupo de religiosos pasaron la noche del 30 de julio orando, y se confesaron entre ellos. El P. Luis invocó la misericordia de Dios y de la Virgen María con las siguientes jaculatorias, que llevaba escritas de su puño y letra, y que fueron recogidas más tarde por el forense, al reconocer su cadáver: «Virgen del Carmen, acógeme; Jesús mío, en tus manos encomiendo mi espíritu; Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, líbranos, Señor, de todo mal; Dios mío, apiádate de mí, ten misericordia de mí; veo muy poco, pero te veo a tí, Dios mío; Corazón Sagrado de Jesús, en Tí confío; Dulce Corazón de María, sed mi salvación; ofrezco el sacrificio de mi vida por la salvación de España, de mi familia; ¡qué providente es Dios! ¡Ah, cómo ampara a los que en él confían!». Este papel lo llevaba en el bolsillo.

En la cárcel de Cuenca se dio por entero a sus compañeros de prisión. Un laico, sobreviviente de dicha cárcel recuerda así al Padre Luis: «Se mezclaba muy familiarmente con nosotros, estando muy atento a todos nosotros, especialmente en los momentos cruciales, cuando, por ejemplo, habían matado a alguien». Y una mujer, hermana de un condenado a muerte, afirma: «Sé que este Padre confesó y preparó a bien morir a un hermano mío, quien antes de morir, cuando le permitieron ver a una hija suya,

se le manifestó muy consolado, haciendo grandes alabanzas de los Padres que le consolaron».

Dos testimonios más, de compañeros de prisión, son las únicas notas (preciosas notas) sobre el Padre Luis antes de ir hacia el martirio:

Observé en ellos [los religiosos trinitarios] una paciencia admirable –en todos, esperanza muy grande en Dios, grande piedad-, rezábamos el Trisagio, semicantado. El Padre Luis de San Miguel solía estar postrado en el suelo, sin poderse mover, con llagas y úlceras en las piernas. Rezábamos el Rosario, abierto un agujero en el telón que ocultaba la imagen de la Virgen que de antes había todavía en la capilla de la cárcel.

De su vida de piedad, de su vida como religioso, puedo decir que observé el tiempo que estuvimos juntos en la cárcel, que seguía haciendo sus rezos como si estuviera en el convento, a sus horas; los tres Padres, todos ellos. Y a la hora del paseo se sentaba en una silla en el patio de la cárcel y seguía rezando con el hermano Juan.



*4. El Beato Melchor del Espíritu Santo,
o el optimismo de los santos.*

Melchor Rodríguez Villastrigo nació en Laguna de Negrillos (León) el 28 de enero de 1899, siendo bautizado el mismo día de su nacimiento. El 24 de junio de 1901 recibió la confirmación, y en 1909 la primera comunión. Sus padres le dieron una educación muy cristiana; fue monaguillo desde los diez años, e incluso hizo el oficio de sacristán en la parroquia del pueblo. Fue celador del coro de niños del Apostolado de la Oración. Su inclinación a la

Orden Trinitaria le vino por parte de un «hermano suyo», estudiante en Roma: así declara el P. Heliodoro de la Dolorosa, que conoció bien al Beato Melchor. Sin embargo, creemos que se trata de un error, debiendo referirse más bien a su primo, el P. Agustín de la Concepción (Villastrigo Valencia), nacido en Laguna de Negrillos en 1897 y fallecido en Granada en 1979.

Hizo el aspirantado en Algorta y fue condiscípulo del beato Domingo del Santísimo Sacramento. El 11 de diciembre de 1917 comenzó el noviciado en el Santuario de la Virgen Bien Aparecida, y el 14 de diciembre del año siguiente emitió su profesión simple. Realizó sus estudios de filosofía (1918-1920) y teología (1920-1924) en Córdoba, donde hizo su profesión solemne el 31 de diciembre de 1921. La ordenación sacerdotal le fue conferida por el obispo Remigio Gandásegui en Valladolid, el 20 de enero de 1924. Fue nombrado superior de los conventos de Alcázar de San Juan, en 1933, y de Belmonte en 1936.

En Alcázar fue admirable su dedicación a la enseñanza. Todavía es posible encontrar, en el «Corazón de la Mancha» a personas que hablan de él con admiración y agradecimiento, antiguos alumnos suyos. Se entregó totalmente a la enseñanza y educación de los alumnos del colegio trinitario, llegando a alcanzar una matrícula de 105 estudiantes, la mayoría hijos de los ferroviarios de la Ciudad.

Se dedicó también con esmero a la predicación y ministerio de la penitencia, e introdujo la costumbre de explicar el catecismo los domingos. Era un religioso virtuoso, y como tal fue admirado por el Siervo de Dios don Antonio Martínez, párroco de Santa Quiteria de Alcázar, sacerdote ejemplar y primer mártir del clero alcazareño.

El Beato Melchor fue, ante todo, un hombre humilde y un trabajador infatigable, que obró por motivos sobrenaturales, sin buscar ningún premio o alabanza humana. Así lo retratan muchas de las personas que lo conocieron.

Respecto al martirio, hay que notar que su nombramiento como superior de Belmonte tuvo lugar en mayo de 1936. Es decir, al estallar la Guerra hacía dos meses escasos de su llegada a su nuevo destino. Quedan explicadas las circunstancias de la disolución, arresto, cárcel y muerte de los mártires belmonteños. En el Padre Melchor lo que más llama la atención es su optimismo. ¿Por qué no quiso abandonar el convento cuando lo hacían los demás religiosos? En el libro del P. Agapito de la Peña y P. Martín Olábarri, «Los trinitarios. 50 años en Belmonte», que sigue un texto del P. Andrés Sagarna (corista de la comunidad de Belmonte y uno de los protagonistas de los hechos que se relatan), se usa la expresión, refiriéndose al P. Melchor, de «confianza incomprensible»; Sagarna, en el proceso, usó también la expresión «exceso de optimismo». Parece

entenderse que él creyó que la cosa «no era para tanto», seguramente confiando en la tranquilidad que se vivía en Belmonte y en el cariño demostrado por la población hacia los frailes. El mismo P. Andrés Sagarna se explicaba así en el proceso:

Digo que el Padre Melchor fue detenido por los milicianos en su mismo convento de Belmonte el 29 de julio de 1936, hacia mediodía, en que se presentaron los elementos del Frente Popular a prenderlo por haber recibido aviso que en el convento había frailes. La víspera de ese día fui a buscar al padre Melchor para sacarlo del convento, diciéndome él, en su optimismo, que esperaba a que llegasen las milicias al monasterio para entregarles las llaves, y que inmediatamente saldría. El jefe de las milicias le pidió el dinero que tenía en su poder, en su mayor parte estipendios de misas, que el Padre se lo entregó. Del Convento fue conducido con el Padre Luis y el Hermano Juan al Comité local, siendo objeto de insultos y blasfemias.

Además de un optimismo personal, no debemos pasar por alto la circunstancia de la enfermedad penosa del P. Luis de San Miguel de los Santos, que apenas podía moverse. No creemos muy alejada de la verdad de las cosas, la hipótesis de que el P. Melchor, superior de la comunidad, no quisiera desamparar al P. Luis. Por otra parte, el P. Martín Olábarri declaraba así en el Proceso:

Tuvo la virtud de la esperanza y procuraba para sí y para los demás los medios conducentes a la consecución del fin sobrenatural. No le vi obrar por móviles humanos. No perdió su serenidad y la confianza en Dios en la adversidad; antes, al contrario, dio

demostración de serenidad y aceptación de la voluntad de Dios en el desempeño de su cargo, principalmente cuando fue apresado. Inmediatamente antes de que tuviéramos que salir del Convento el veintiocho de julio de 1936, se manifestaba como preparado a los tristes acontecimientos que se nos echaban encima, y tomaba las oportunas medidas para que, así él como la comunidad, nos preparáramos a ellos. En la cárcel de Cuenca y de Belmonte, he oído decir que tuvo gran resignación con la Voluntad Divina, sabiendo por otra parte, que era inminente su martirio.

Es decir, era optimista, a pesar de estar bien informado sobre las cosas, brillando en él, sobre todo, una esperanza sobrenatural, basada en Dios.

Sobre la detención, hay unos detalles que el mismo P. Melchor refirió personalmente a un sacerdote diocesano, don Policarpo Gil, compañero de prisión y sobreviviente a los hechos. Le dijo que, cuando ya se había vestido de paisano para salir del convento, algunos milicianos pasaron a su despacho y tomaron un crucifijo de marfil que tenía sobre la mesa, preguntándole: «¿Por qué tienes esto aquí?»; a continuación lo arrojaron contra el suelo, haciéndolo pedazos. Registraron todo, y fue entonces cuando le quitaron las tresmil pesetas de estipendios de misas.

Llegado a la cárcel, el P. Melchor estaba triste, pensando en que no había consumido las formas del sagrario de la iglesia conventual; una vez que supo que una persona amiga había salvado el Santísimo Sacramento se sintió aliviado. Sobre su estancia en las prisiones de Belmonte y Cuenca, y

su estado de ánimo previo al martirio, reproducimos tres testimonios del Proceso:

Como he dado a entender de este Padre, y únicamente del tiempo que en la cárcel estuvimos juntos; allí, en nuestros paseos por el patio de la cárcel, siempre demostró ser un buen religioso. Sí: él –y todos– tenían el presentimiento de que le matarían, de que nos matarían; y demostraba conformidad con la voluntad de Dios. Además, me consta que a un enfermo que trajeron preso de San Clemente a quien, por cierto, yo llegué a confesar cuando ya le pasaban a otro departamento, el Padre Melchor y los otros Padres de Belmonte le estuvieron asistiendo hasta que expiró aquella misma noche.

En la Prisión de Belmonte se confesó y pasó gran parte de la noche en oración, conforme el testimonio de los carceleros. De esta prisión fue llevado en la mañana del 31 de julio a la Prisión Provincial de Cuenca, sufriendo en el camino grandes amarguras conforme se refirió en el Proceso del padre Luis. En la cárcel de Cuenca «el Padre Melchor se dedicó continuamente a exhortarnos y confortarnos, no sólo con su conducta ejemplar, sino con oraciones continuas durante el día y parte de la noche», afirmaba el señor don Rafael Ripollés (ya difunto), en carta al testigo.

Conocí al Padre Melchor del Espíritu Santo únicamente con ocasión de llegar detenido cuando yo estaba en la cárcel de Cuenca. Como dato particular y especialísimo de este Padre, puedo decir que estábamos, en uno de los momentos de mayor peligro, junto a él, expresando nuestro temor de que nos pudiesen matar, y el Padre Melchor, después de oírnos muy tranquilo y un poco sonriente, nos dijo: «La muerte no importa; lo que interesa es llegar bien a ella». Significando con ello que viviésemos dispuestos espiritualmente a morir. Ya he dicho cómo ellos se encontraban siempre atentos a ayudar para esa disposición.



*5. El Beato Santiago de Jesús.
Un joven sacerdote, padre para sus estudiantes.*

Santiago Arriaga y Arrién nació el 22 de noviembre de 1903 en Líbano de Arrieta (Vizcaya), y fue bautizado el mismo día. Fue confirmado en Rigoitia el 27 de noviembre de 1910, en la iglesia de Santa María, en Guernica. De su vida de piedad, cuando niño, habla su hermana María, testigo en el proceso de beatificación, diciendo que, a pesar de estar el caserío familiar a una media hora de camino de

la parroquia, y por un sendero difícil, Santiago iba a misa del alba diariamente, alumbrando el camino a su abuela con un candil. En el mes de mayo volvía a hacer el camino por la tarde, para asistir al ejercicio del «Mes de las flores», gustando mucho de tocar las campanas. En octubre asistía, también por la tarde, al rosario. Todos los domingos iba a la adoración eucarística vespertina. Y era asíduo a la explicación del catecismo que los sacerdotes impartían en la parroquia en cuaresma y adviento.

Siendo el mayor de los hermanos varones, se le confiaron trabajos de responsabilidad en el campo, ayudando a su padre a acarrear hierba, llevar el carro, cuidar vacas: «tenía garbo para el trabajo», y sacrificó siempre, con obediencia a su padre, los juegos propios de la edad en pro de los trabajos típicos de un caserío vasco de la época. Santiago era robusto, fuerte, bondadoso de carácter, por lo que era muy querido por todos.

Sintió pronto la vocación para la vida religiosa trinitaria. Cuando tenía 12 años, salió al encuentro del P. José del Redentor, que se encontraba de viaje, y le dijo que quería ser religioso trinitario. Todo estaba apalabrado para entrar en el Seminario Menor de Algorta; lloró mucho al recibir la noticia de que los superiores habían decidido dejar para el año siguiente su ingreso, vista su corta edad. Al final, éstos accedieron a admitirlo, siendo extraordinaria su alegría; tanta, que bailó un auresku a sus padres al

despedirse de ellos. «Se levantó el primero de todos, a las cinco de la mañana, para ir a pie hasta Munguía, a catorce kilómetros de distancia, por falta de vehículos a la sazón. Mientras el padre lloraba de pena, él animaba a todos, yendo muy alegre», dice uno de los testigos.

El 29 de septiembre de 1915 fue la entrada en el aspirantado de Algorta; allí quedará hasta 1919, cuando pasó al noviciado, en el Santuario de la Virgen Bien Aparecida, en Cantabria. Su maestro, P. José del Redentor, le recordaba como «de carácter expansivo y alegre, y de muy buena aptitud para el estudio... [en Algorta] los Siervos de Dios Padre Domingo y Padre Félix y un grupo de alumnos llamaban poderosamente la atención por su ejemplar vida de colegiales, y sin duda influyeron en Santiago para que éste observase muy buen comportamiento en todo tiempo y la constancia inalterable en su vocación religiosa».

Fue el 3 de octubre de 1919 cuando vistió el hábito, y el 5 de octubre de 1920 cuando emitió su profesión simple. Estudió filosofía en Villanueva del Arzobispo (1920-1922) y en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1922-1924); en la misma Universidad cursó la teología (1924-1928). Hizo la profesión solemne en San Carlino, el 25 de diciembre de 1924; fue ordenado sacerdote en Roma el 3 de julio de 1927. Resulta impresionante pensar cómo en la comunidad de San Carlino, en la primera mitad de la década de los 20, vivieron juntos cuatro santos: el beato Domingo

del Santísimo Sacramento, el beato Santiago de Jesús, el venerable Félix de la Virgen (1902-1951, declarado venerable por Juan Pablo II en 1994) y el siervo de Dios Antonino de la Asunción.

Vuelto a España en 1928, fue designado profesor del aspirando de Algorta, donde perduró hasta 1930. Trasladado a Belmonte, fue profesor de filosofía entre 1930 y 1932, y de teología entre 1932 y 1936. En 1932 fue nombrado maestro de estudiantes de Belmonte, nombramiento reiterado por el Capítulo Provincial de 1933. Dicho nombramiento, hecho en la persona de un joven religioso de 29 años de edad, deja ver las dotes extraordinarias del P. Santiago.

Sus discípulos lo recuerdan por su carácter agradable, que hermanaba la alegría con la modestia religiosa; tenía mucha paciencia para explicar; era muy activo y trabajador, «le molestaba» cuando oía hablar de religiosos que no se entregaban a una tarea que podían cumplir; tenía una hermosísima voz de tenor, que hacía las delicias de todos.

Siempre sirvió de buen ejemplo, y era altamente atrayente su virtud; porque a sus grandes cualidades sobrenaturales unía su desbordante simpatía personal: lo mismo guisaba un plato de macarrones que predicaba en el púlpito, lo mismo explicaba una lección de teología que preparaba una magnífica excursión a los jóvenes estudiantes o participaba en varias fiestas religiosas en Sisante y en otros lugares donde le solicitaban.

Resplandeció particularmente por su fe. Meditaba las verdades de la fe cristiana y las exponía con sumo cuidado a los jóvenes. Fue muy devoto del Santísimo Sacramento, celebraba con atención la Santa Misa, gustaba de preparar con esmero los cultos y pasaba horas de oración ante el sagrario. Devotísimo de la Virgen María, afirmaba que su bella voz de tenor se la debía a Nuestra Señora, ya que de jovencito le había pedido la gracia de cantar bien; agradecido por este don, cantaba con vibrante voz y entusiasmo los cánticos marianos, emocionando a todos especialmente cuando entonaba la plegaria, para solo tenor, «Maria, Mater Gratiae». Gustaba hablar de las excelencias de María a los estudiantes. Destacó también por su devoción hacia los Padres de la Orden, los santos Juan de Mata, Félix de Valois y Juan Bautista de la Concepción.

Formó un buen coro de niñas del pueblo para cantar en las funciones del mes de mayo. Uno de los estudiantes se sincera, simpáticamente, en su declaración sobre la magnífica voz del P. Santiago, diciendo que era la única voz digna de la *schola cantorum* de los trinitarios de Belmonte. A este respecto, recuerda que cuando se celebró un pontifical en la Parroquia de la Villa, presidida por el obispo de Cuenca, el beato Cruz Laplana y Laguna, en honor de san Juan del Castillo, se llamó a la *schola cantorum* de los Padres Paúles, solicitando éstos que el Padre Santiago cantara los solos de una de las misas pontificales de Lorenzo Perosi. Cantó extraordinariamente bien, y recibió muchas

felicitaciones, que él agradeció con palabras sencillas y humildes. Lo llamaban para cantar en novenarios y funciones, en diversas localidades de las provincias de Cuenca, Ciudad Real y Toledo.

Para con sus estudiantes fue auténticamente un padre. Cuando tenía que amonestarlos o regañarles, «no noté nada en frases o palabras que pudieran herirnos o molestarnos; incluso, alguna vez parecía que sentía tener que corregirnos... Pude apreciar que en sus decisiones y juicios era justo y sabía dar a cada cual lo suyo», recordaba el P. Timoteo Curiel, su discípulo. Y el P. Ignacio Iturrate añade: «En las necesidades corporales de los jóvenes, su preocupación era grande; con los enfermos, le vi hacer el oficio de enfermero con una caridad paternal, y en cierta ocasión en que cayeron enfermos por la gripe los hermanos legos y casi todos los estudiantes, sin imponerle ninguno la obligación, actuó él de cocinero». Oficio, por otra parte, que no permitiría nada de extraordinario en aquellas circunstancias. Los testigos del proceso, otrora frailes del convento de Belmonte, usan la expresión de «suma pobreza» para hablar de la vida comunitaria. Yo mismo puedo decir que he oído a muchos de ellos, a los que he conocido personalmente, contar historias e historietas relacionadas con la pobreza, especialmente manifiesta a la hora de comer.

Pero, en nuestra opinión, lo más característico del P. Santiago fue dar la vida por sus estudiantes. «Donde cumplió

al pie de la letra el heroísmo de su caridad fue en dar la vida por los suyos: fue detenido cuando, preocupado por la suerte adversa que podían correr algunos discípulos suyos, y a pesar de las advertencias que le hacían... de que no saliera porque se le buscaba para matarle, estimando que era necesario en absoluto proteger a los citados estudiantes, salió a medianoche, y antes de llegar a su destino fue detenido y llevado al Ayuntamiento», afirma uno de los testigos.

Ya hemos narrado los pormenores del caso. Cuando avisaron a los frailes de que habían llegado los revolucionarios de Vallecas, el Padre Santiago, con sus estudiantes fue a postrarse a los pies del Santísimo Sacramento, para «despedirse de él y ofrendarle sus vidas si preciso fuera». Ya en la casa donde encontraron refugio, hablando con uno de sus estudiantes de la posibilidad de la muerte, tomó en sus manos un crucifijo que llevaba siempre consigo, y dijo: «Si a mí me matan, moriré besando este crucifijo». Y es que el P. Santiago presentía su final trágico. Al despedirse de una familia conocida, llamó a uno de los hijos, y le dio un reloj, una carta, una moneda de oro y una pluma estilográfica: «me dijo que, si lo mataban, que se lo entregase a su padre, y si no lo mataban, que él vendría a recogerlo; pero «nos van a matar».

Como queda dicho, se empleó con todas sus fuerzas en poner a salvo a los estudiantes, y fue detenido precisamente

cuando acompañaba a dos de ellos a un lugar seguro. El P. Timoteo recuerda haber oído que, cuando lo capturaron, hizo un poco de ruido con una cajita que llevaba en el bolsillo; un miliciano le dirigió palabras duras, pensando que llevaba un rosario, a lo que él le respondió con humildad que se trataba de una caja de pastillas que llevaba para el dolor de garganta.

Ya en la cárcel, sus dos preocupaciones eran la suerte de los estudiantes y del Santísimo Sacramento, que había quedado en el sagrario de la iglesia conventual. Precisamente fue gracias a sus gestiones con los carceleros que se pudo salvar el pan eucarístico. Nos lo cuenta así la persona que tuvo la valentía de ejecutar esta acción:

Llamó al carcelero, que era de suma confianza para él, y le dijo: «Comunica a F. G. y dile que el Santísimo está en el Sagrario a ver de qué forma se puede salvar». Y el que declara –que es el que lo hizo-, haciéndose el milagro, convenció al jefe comunista, ayudándole éste a hacerlo; trasladando las formas a un sacerdote, don Joaquín Poveda Sánchez (ya murió) en un libro. Al tener noticias el Padre Santiago de que se había salvado el Santísimo, fue tanta la alegría que le dio que cayó de rodillas dando gracias a Dios, y diciendo: «¡Ya muero tranquilo! Es el único peso que tenía encima».

En la cárcel dio ejemplo de piedad, dedicándose a la oración, especialmente rezando el rosario. Uno de sus compañeros de prisión recuerda:

Del P. Santiago me acuerdo bien, con el que yo hablaba mucho, pues habíamos simpatizado; y no he olvidado que una tarde que me quedé dormido, cuando desperté acudió a mí y me comunicó que me había quedado dormido sin rezar aquel rosario, que habían rezado estando durmiendo, y me propuso que podía rezarlo con él, a lo que yo acepté gustoso. Nos apartamos a un rincón y rezamos. Creo que es el rosario que he rezado con más devoción en mi vida.

Han llegado hasta nosotros siete cartas escritas por el P. Santiago en la cárcel de Cuenca, estremecedoras, compuestas con profunda unción espiritual. En las dirigidas a personas de Belmonte, se interesa por la suerte de sus estudiantes. Transcribimos la última de ellas, despidiéndose de su padre y hermanos, escrita poco antes del martirio:

Amado padre y hermanos todos: que se cumpla en mí y en vosotros siempre la voluntad de Dios. Si oís algo desagradable, resignaos, que yo muero por la religión y por Dios, y os acompañaré desde el cielo; allí, al lado de nuestra *amatxu lastana* [madrecita querida], os espero a todos. Yo seguramente moriré, pero sin delito alguno. Adiós, padre y hermanos míos, hasta el cielo. Niko [su hermana], sé buena y no te olvides de mis consejos. Allí te espero. Esto os escribo por última vez. Santiago.

Cuando se exhumaron sus restos, en 1939, el Padre Santiago apareció con su escapulario trinitario, con el que había muerto.



*6. El Beato Juan de la Virgen del Castellar.
Buen sastre y mejor catequista.*

Juan Francisco Joya Corralero nació en Villarrubia de Santiago (Toledo) el 16 de mayo de 1898, y fue bautizado en la iglesia parroquial de San Bartolomé dos días más tarde. Su infancia fue difícil; siendo muy pequeño murió su madre; su padre, hombre rudo e incrédulo, lo maltrataba porque era de índole piadosa, y decía que quería ser religioso. Fue monaguillo en la parroquia del pueblo, y era considerado

un niño «muy bueno, que se portaba bien con todos los chicos», según lo recordaba un anciano del lugar.

Cuando tenía 16 años se marchó a trabajar a Madrid, a una tienda de combustibles en la calle del Príncipe, cerca de la iglesia de los trinitarios de la calle Echegaray. Frecuentando la iglesia, conoció la Orden y pidió entrar en ella. Fue admitido para hermano cooperador, tomando el hábito en Algorta el 16 de diciembre de 1918; escogió el apellido religioso «de la Virgen del Castellar» por devoción a la Patrona de su pueblo natal. La profesión simple la realizó el 8 de febrero de 1920. Poco después fue enviado por los superiores a Santiago de Chile, donde emitió la profesión solemne el 26 de julio de 1923. De Chile fue trasladado a Buenos Aires (donde destacó como catequista en el Colegio «Madres Argentinas»), y de allí a Roma (convento de San Carlino) donde residió entre 1930 y 1932. Tras un brevísimo período en Madrid, fue enviado a Belmonte, de donde fue conventual hasta su muerte.

Fray Juan era de temperamento jovial y alegre. Fue un buen sacristán, portero y sastre. En Belmonte fundó la Pía Asociación de la Santísima Trinidad (sección de niños) y la Asociación del Niño Jesús. La primera constaba de unos 70 niños, la segunda de unos 20, que todavía no habían hecho la primera comunión. Todos sus desvelos eran para los niños. Les daba el catecismo, y les exponía con maestría ejemplos que los animaran a la piedad, al amor a Dios y a

la Virgen María. Era todo un espectáculo para la gente de Belmonte asistir a las comuniones generales de niños organizadas por fray Juan, tanto por la devoción y compostura de los niños, como por los adornos de los altares a base de ramos y guirnaldas de flores, que él preparaba con arte singular. Tenía paciencia admirable en los ensayos de cantos con los niños, ya que no tenía buen oído. Cuando le parecía que ya habían aprendido bien el canto, llamaba al organista para el ensayo general en la iglesia. Organizaba monumentales chocolatadas para los críos en los claustros del convento, juegos, una biblioteca infantil, catequesis, sesiones de teatro, haciendo las delicias de pequeños y grandes.

Devotísimo de su patrona, la Virgen del Castellar, compuso y editó una novena que durante muchos años fue practicada por la gente de Villarrubia de Santiago. Llamaba la atención, a quienes le conocieron, que siendo un hombre con poca preparación intelectual, fuera capaz de ser tan buen pedagogo y de tener tantas iniciativas educativas coronadas con el éxito; su bondad, sencillez, alegría e imaginación suplieron en él la falta de estudios.

De su caridad habla elocuentemente el detalle de que, habiéndose podido poner a salvo, no quiso dejar solo al Padre Luis en el convento. Cuando lo detuvieron, según lo que ya queda dicho, quisieron fusilarlo en la misma portería, y fue objeto de burlas, insultos y amenazas.

Cuando lo sacaron de la prisión de Belmonte para llevarlo a Cuenca, dijo estas palabras a la mujer del carcelero, que tenía varios hijos en las asociaciones trinitarias: «Lo que más siento son los niños de la Cofradía de la Santísima Trinidad, que los dejo para siempre ahora que tanta falta les hace la educación cristiana». En la cárcel se comportó como un religioso ejemplar, ayudando en cuanto podía a sus compañeros, en constante oración. Aprovechaba las cartas del P. Santiago para enviar mensajes a sus amigos, los niños: «A Crucete, de parte de Juan, que salude a los demás niños y que sean buenos» (14-8-36). «Encargue a Crucete y a Pepito, de parte de Juan, que recomiende a los niños pedir mucho a nuestra Patrona la libertad» (24-8-36).

Fray Juan era consciente de la certeza del martirio. Cuando examinaron sus restos, en 1939, le encontraron en un bolsillo del pantalón un papelito en el que había escrito su nombre y el pueblo de su nacimiento para que pudieran identificarlo: «Soy Juan Joya Corralero, de Villarrubia de Santiago (Toledo)». Y también se le encontró una medalla de la Patrona de su pueblo, su querida Virgen del Castellar.



IV.LA BEATA FRANCISCA DE LA ENCARNACIÓN, MÁRTIR TRINITARIA DE MARTOS

La ciudad de Martos (Jaén), -Andalucía en esencia-, es una mezcla de historias heroicas de tiempos de Reconquista, de campos interminables de olivares (es el municipio con más olivos del mundo), dominado todo por la legendaria y abrupta Peña de Martos, sede de su castillo. Martos fue la Colonia Augusta Gemella Tuccitana de los romanos, en la

que floreció muy pronto una importante comunidad cristiana, de la que procede el famoso sarcófago paleocristiano del siglo IV, encontrado durante unas excavaciones a finales del siglo XIX. Sede episcopal, sabemos que ya hacia el año 300, en el Concilio de Elvira, estuvo presente el obispo Camerino y el presbítero Leo, de Tucci. Durante los siglos VI y VII, la presencia de los obispos tucitanos es una constante en los concilios nacionales hispánicos de Toledo. Durante la dominación musulmana y en la segunda mitad del siglo IX, el abad Sansón redactó en Martos su *Apologético*, y un presbítero tucitano, san Amador (patrono de la Ciudad), recibió el martirio en Córdoba, el 30 de abril de 855, según atestigua san Eulogio. Fernando III conquistó Martos en 1219, donándola a la Orden de Calatrava. Así, Martos se convirtió en uno de los bastiones cristianos más importantes en la frontera con el reino de Granada.

Sus iglesias, ermitas y conventos dan idea de su piedad, manifestada especialmente en la devoción a los patronos de la Ciudad (la Virgen de la Villa «la Labradora», santa Marta y san Amador), y sus almazaras expanden por sus infinitas cuestas el olor más típico de Martos, el del aceite. Aquí nació uno de los grandes escritores del Siglo de Oro español, Francisco Delicado, autor de «La Lozana Andaluza», y Antonio Álvarez Alonso, autor del pasodoble más emocionante del repertorio hispano: «Suspiros de España».

En Martos existe un antiguo convento de trinitarias de clausura, fundado en 1595, situado en la calle Real de San Fernando, junto a la Plaza Alta. La fundadora fue doña Aldonza de Rivas, que donó su casa para erigirlo, viniendo de Andújar las primeras monjas para habitarlo. En este monasterio vivió su vida religiosa una sencilla mujer, que por misterios de la Providencia, será la primera monja trinitaria en subir a los altares, en los ocho siglos de historia de esta familia religiosa: la beata Francisca de la Encarnación.

María Francisca Espejo Martos nació el 2 de febrero de 1873 en la ciudad de Martos (Jaén). Muy pronto queda huérfana de madre; su hermano, Ramón, fue enviado a Valencia para trabajar como mandadero de las Religiosas de los Desamparados de San José de la Montaña, y María Francisca fue admitida como educanda en el convento de las trinitarias, donde tenía una tía, hermana de su madre, llamada sor María del Rosario Martos Cuesta. Con el pasar de los años de la adolescencia, Francisca va descubriendo la vocación trinitaria, y manifiesta a su tía y a la comunidad que es su deseo ser monja.

El 2 de julio de 1893 vistió el hábito, y el 5 de julio de 1894 emitió los votos solemnes. Tomó el nombre de sor Francisca de la Encarnación, en agradecimiento a su madrina, la Marquesa de Blanco Hermoso, que dio la dote para que pudiera ser monja de coro.

Pocos años después, en 1901, las monjas trinitarias de Martos viven su peculiar reforma, ordenada por el obispo don Victoriano Guisasola. Abandonaron el modo de vida seguido hasta entonces, en que cada monja hacía vida particular, para integrarse todas en un ritmo comunitario. La comunidad estaba compuesta, a la sazón, por treinta y tres monjas.

Sor Encarnación era una religiosa tranquila y dedicada completamente al cumplimiento de sus deberes religiosos, a los trabajos comunitarios. Su vida fue la de una mujer oculta la mayor parte de sus años entre los muros del convento trinitario, dedicada a la oración, al trabajo, a la penitencia. Sus oficios fueron los de enfermera, sacristana, portera y tornera, ejercidos con su característica sencillez, espíritu de servicio y obediencia. Siempre que tenía un rato libre, era para irse a la iglesia, dedicándose a la oración ante el sagrario. Fue muy devota de la Virgen, a la que rezaba diariamente varios rosarios, y del patriarca san José. A menudo interrumpía sus trabajos con jaculatorias que eran escuchadas por las monjas, tales como: «Padre mío, protégeme», «Jesús mío, te amo», «Madre mía, confío en tí».

Padeció mucho con el reuma, sufriendo en una ocasión un ataque que la dejó paralizada durante varios meses, prueba que sobrellevó con paciencia admirable. Una monja, que le ayudó a vestirse cada mañana durante siete años, declaró que muchas veces le oyó decir: «te ofrezco, Señor,

estos dolores por la Iglesia, por los pecadores, por los sacerdotes y por las almas del purgatorio». Pero, donde brilló especialmente su paciencia fue en los cuidados a su tía, sor Rosario, persona muy buena, pero de carácter agobiante. Tengamos en cuenta que, desde que entró en el convento como educanda, hasta que las monjas fueron expulsadas de él, en 1936, sor Francisca vivió constantemente en un rincón de la celda de su tía, atendiéndola en todas sus necesidades. Siendo una persona exigente y excesivamente cargante, era el refrán de las monjas, refiriéndose a sor Encarnación, que «la chacha la va a santificar antes que la Iglesia». (A los foráneos, decir que «chacha», en Jaén, es el nombre con el que se llama a la tía). Pues bien: era motivo de pasmo para las religiosas ver que jamás se le oyó una palabra de impaciencia.

Sor Encarnación fue de carácter retraído, introvertido, muy tímida y asustadiza. Tanto, que recuerdan las monjas mayores cómo se asustaba del ruido de los cohetes de la fiesta de la Santísima Trinidad, yendo a refugiarse en el coro de la iglesia. Sin embargo, lo que primaba en ella era la bondad. «Era muy buena, muy buena; todo lo que se diga es poco», concluía sor Natividad, que bien la conoció. Destacó por su silencio, virtud especial en una persona dedicada en cuerpo y alma a la vida contemplativa, muy característica de la Regla trinitaria de san Juan de Mata.

En su oficio de tornera fue especialmente delicada y caritativa para con los pobres que venían a pedir al torno de las monjas. La comunidad tenía costumbre de dar cada día a la demandadera del convento, que era muy pobre, y con once personas en su familia, medio kilo de pan y el caldo para que comieran. En el tiempo que sor Francisca fue tornera siempre se las apañó para aumentar la ración.

Iniciada la Guerra Civil, ya en la noche del 18 al 19 de julio las iglesias de Nuestra Señora de la Villa y de San Amador fueron pasto de las llamas. Si todas las monjas tenían el temor que se puede imaginar ante las llamas de las cercanas iglesias, Sor Francisca, dado su modo de ser, pasó aquella noche muerta de miedo. A la mañana siguiente, atendiendo el torno, van llegando noticias que son un continuo sobresalto; entre ellas, la detención de su hermano, que había prosperado en los negocios. La priora decidió, prudentemente, relevarla del oficio de tornera, designando a otra monja.

La noche del 19 al 20 de julio, muchas de las monjas se pasaron por la huerta a la casa de una vecina; parece ser que, entre ellas, iba sor Encarnación. A las cuatro de la mañana volvieron al convento. La noche siguiente repitieron la operación. El 21 de julio, a las diez de la mañana, se presentaron en el convento los milicianos, con orden de desalojarlo y apoderarse de sus instalaciones. Mientras que los hombres se mantuvieron respetuosos, las mujeres

recorrieron las dependencias entre gritos y risas. Una de ellas se encara con las religiosas y les grita: «¿Dónde escondéis las armas?». Una de las monjas, sor Natividad, le muestra valiente un crucifijo, y le responde: «Èsta es mi arma». Las demás monjas hicieron lo mismo. Las milicianas se avergonzaron, y a renglón seguido dijeron a las religiosas que abandonaran el convento. La priora, sor Inés de san Leandro, pidió un poco de tiempo para que poder quitarse los hábitos y vestirse de seglares, y poder comulgar las formas que había en el sagrario, a lo que accedieron los ocupantes. En una sala, rodeadas de milicianos, las monjas se arrodillaron en el suelo, y la priora les iba dando las formas para que consumieran el Santísimo Sacramento. Las formas eran muchas, las monjas lloraban... y un miliciano, quizás conmovido, les dio un botijo de agua para que pudieran concluir. Así, fueron saliendo del convento, mientras se decían frases como «lo que Dios quiera», «cúmplase su santísima voluntad». Al salir del convento, pudieron ver a Paquito, el hijo de la demandadera y sacristán, pegado a la pared de enfrente del convento con los brazos en cruz, como si lo hubieran crucificado; lo tuvieron así, durante horas, expuesto al sol canicular, mientras lo golpeaban.

Sor Francisca, con su tía, sor Rosario, y una tercera religiosa, sor Dolores, se fueron a refugiar a casa de Ramón, hermano de sor Francisca. Les dieron como aposento una habitación grande en la planta alta de la casa. Sor Dolores

se marchó pronto a Jaén, para refugiarse en casa de su madre. Quedaron tía y sobrina. Vestían de negro, con un pañuelo oscuro en la cabeza, sin salir de casa para nada. En su habitación seguían la vida regular propia del convento, con los mismos horarios de oraciones y labores. Así las vieron otras monjas, que pasaron en alguna ocasión a hacerles visita y ver cómo les iba. Además, se ocupaba de las faenas domésticas, dando una ayuda importante a la familia. A todo esto, decir que su hermano, Ramón, fue finalmente puesto en libertad, volviendo al lado de su familia.

Un frío 12 de enero de 1937, se presentaron en el domicilio familiar unos milicianos, diciendo que querían llevarse a las monjas. Sin permitirles llevar nada consigo, sacaron a sor Francisca y a su anciana tía, sor Rosario, de su casa. Iban cogidas del brazo, y sólo pudieron mirar con cariño y agradecimiento a Ramón y a la familia, que las miraban con infinita pena e impotencia desde la puerta. Iban vestidas de negro, con sus pañuelos en la cabeza. Eran dos mujeres ancianas, indefensas. Sor Francisca, con casi 64 años, sor Rosario, con más de 80.

El día anterior, 11 de enero, la aviación franquista había bombardeado la zona; como represalia, los milicianos decidieron vengarse, fusilando a cincuenta personas, señaladas por sus ideas políticas de derechas o por su carácter religioso. Especialmente, señalaron a las superiores de las tres comunidades religiosas femeninas de Martos;

nadie sabe por qué, pero creyeron que sor Francisca era la priora. Evidentemente, se equivocaron de persona ³.

Cuando llegaron a la plaza, una joven, hermana de otra monja trinitaria, se encaró con los milicianos, diciéndoles: «¿Qué hacéis? ¿Creéis que matando a este elemento [se refería a sor Rosario] vais a ganar la guerra?». Los milicianos se quedaron mirando a la anciana monja, congestionada, con las piernas hinchadas, y finalmente le dijeron que se volviera a casa de su sobrino. Ambas se abrazaron, llorando. Después de una vida juntas, tía y sobrina se separaban, para siempre.

Madre Francisca de la Encarnación fue encerrada en los calabozos del Ayuntamiento, linderos con su convento. Allí coincidió con la superiora del colegio de la Divina Pastora, y con sor María de los Ángeles, religiosa trinitaria, que sobrevivió a los hechos. Ella nos cuenta:

Su conducta en la cárcel, de pocas horas, en compañía de una servidora, la señora con quien yo estaba y la Superiora del Colegio de la Divina Pastora, fue edificante; pues al saber que éramos detenidas para la «saca» de aquella noche, a pesar del miedo que

³ Algunos autores (entre ellos el autor de este librito), al escribir sobre sor Francisca de la Encarnación, han cometido el error de afirmar que era la superiora de las trinitarias de Martos, confundidos, efectivamente, por la noticia de que los milicianos querían detener a las superioras de los tres conventos de la Ciudad.

proporciona la muerte, nos animábamos unas a otras, pensando que pronto seríamos llevadas al cielo. Nuestras conversaciones eran recordar a los mártires de las catacumbas. Rezábamos el santo rosario para que la Santísima Virgen nos sostuviera en la próxima lucha, y al terminar de rezar me dijo: «Te van a ver el rosario», y yo intrépida dije: «Me lo lío en las ligas, y no creo lo encuentren ahí».

Aquella noche del 12 al 13 de enero de 1937, sacaron en camiones a los cincuenta presos. Todos varones, menos tres religiosas: sor Francisca, sor Victoria (superiora de las religiosas de la Divina Pastora) y madre Isabel, abadesa de las clarisas. Los llevaron a la aldea de Casillas de Martos, y en su cementerio fueron fusilando a los presos. De las tres monjas, a dos las llevaron a las verjas del cementerio, tratando de abusar de ellas; éstas se resistieron, abrazándose a las verjas, y allí mismo fueron fusiladas. A Sor Francisca, se la llevó un miliciano a una hondonada cercana, para abusar de ella, sin lograrlo, porque ésta se resistió con todas las fuerzas, provocando la ira del agresor, quien la mató a fuerza de golpes en la cabeza, con la culata del fusil, como luego se pudo comprobar al exhumar el cadáver. Una vez muerta, la llevó arrastrando hasta echarla a una de las tres fosas que habían cavado en el cementerio, en que yacían ya los hombres recién fusilados. La cruda narración de los hechos proviene de un testigo directo.

A primeros de julio de 1939 se exhumaron los cuerpos de los fusilados la noche del 12 al 13 de enero de 1937. Al cementerio de Casillas de Martos fue sor Carmen, religiosa

trinitaria, quien presenció en compañía de más personas la exhumación, con la esperanza de encontrar a sor Francisca. Mucho impresionó a los presentes encontrar el cuerpo de un niño de unos 14 años, fusilado junto con los demás condenados de aquella fatídica noche, que apareció de rodillas y con las manos cruzadas, en actitud de rezar. El último cadáver en ser recuperado fue el de sor Francisca, perfectamente identificable. Fue trasladado a su convento, al que habían vuelto las monjas. Durante tres días estuvo expuesto a la veneración de los fieles en la iglesia, siendo constante el concurso de gente, que pasaba para venerarlo y pasar por él objetos piadosos. Se le hicieron solemnísimos y concurridos funerales, y fue sepultado en la misma iglesia, en el crucero. El 13 de enero de 1986 fueron reconocidos sus restos. La sorpresa de todos fue grande: sor Francisca estaba incorrupta. Así se ha vuelto a ver, el 19 de julio de 2006, en que se ha procedido de nuevo a reconocer los restos, de vista de la beatificación.

No encuentro mejor comentario para concluir la historia del martirio de sor Francisca, que estas palabras de alguien que la conoció personalmente:

Escuché a mi padre, cuando se enteró que la habían matado, quejas de que hubiesen matado a una inocente, puesto que desde muy pequeña había estado encerrada en un monasterio sin conocer, fuera de su familia, prácticamente a nadie del pueblo; que la mataron simplemente por ser religiosa.

IV. Sor Francisca de la Encarnación 119

Su fama de santidad y martirio es grande en Martos y entre la Familia Trinitaria, y son muchas las personas que se encomiendan a ella en sus necesidades.

TEXTO DEL DECRETO SOBRE EL MARTIRIO DEL
P. MARIANO DE SAN JOSÉ Y COMPAÑEROS

GIENNENSE Y CONQUENSE

BEATIFICACIÓN O DECLARACIÓN DE MARTIRIO
DE LOS SIERVOS DE DIOS MARIANO DE S. JOSÉ
ALTOLAGUIRRE Y ALTOLAGUIRRE (en el siglo,
Santiago) Y 9 COMPAÑEROS DE LA ORDEN DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD (+ 1936-1937)

DECRETO SOBRE MARTIRIO

«No está aquí, ha resucitado» (Lucas 24, 6)

La alegre noticia de la resurrección de Jesucristo a toda la creación, a las realidades humanas, ilumina especialmente a sus discípulos, los cuales, si permanecen unidos a la verdadera vida (cf. Juan 5, 1-6) participarán de la muerte y resurrección juntamente con su Redentor y Maestro. Así, la Iglesia desde sus inicios ha creído y testimoniado la resurrección, que ha sostenido y nutrido especialmente a los mártires en la hora en que murieron ofreciendo el supremo sacrificio de la vida. A Cristo resucitado contemplaron los Siervos de Dios Mariano de S. José y 9 compañeros, que inmolaron su vida

V. Decreto sobre el martirio del P. Mariano 121
y compañeros

por Cristo en la persecución sufrida por la Iglesia en España en el siglo pasado.

Estos testigos de Cristo fueron ajenos a las pasiones políticas que en aquel tiempo agitaban al pueblo español; vivían tranquilamente su consagración religiosa, observando la Regla de la Orden de la Santísima Trinidad, de la que formaban parte, sirviendo tanto a Dios como a la Iglesia. Estos, al encenderse la tempestad, odiados a causa de estar consagrados a Dios, perseveraron en su vocación y prepararon su espíritu para dar el supremo testimonio de la fe. Aunque fueron asesinados en diversos tiempos, todos ellos obtuvieron la misma corona del martirio mediante la efusión de la sangre.

He aquí de cuáles Siervos de Dios se trata, con sus nombres y vida:

1. Padre *Mariano de San José* (en el siglo: Santiago Altolaguirre y Altolaguirre). Nació el 30 de diciembre del año 1857 en el pueblo de Yurre. Pronunció sus votos solemnes el año 1875; en 1880 recibió la ordenación sacerdotal. Fue superior de algunos conventos y definidor general de su Orden. En el tiempo en que sufrió el martirio se ocupaba principalmente en la oración y en la administración del sacramento de la penitencia. Formaba parte de la comunidad religiosa del Santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta, en Villanueva del Arzobispo, diócesis de Jaén. Fue asesinado el 26 de julio del año 1936.

2. Padre *José de Jesús y María* (en el siglo: José Vicente de Ormaechea y Apoitia). Nació el 1 de septiembre de 1880 en el lugar de Navárniz. Emitió la profesión solemne el año 1899, recibió la ordenación presbiteral el año 1903. En los tiempos en que recibió muerte, 4 de agosto (sic) de 1936, era el superior del convento y santuario de Nuestra Señora de la Fuensanta.

3. Padre *Prudencio de la Cruz* (en el siglo: Prudencio de Gueréquiz y Guezuraga). Nació el 29 de abril de 1883 en el pueblo de Rigoitia. Tras haber emitido los votos solemnes en 1903, en ese mismo año recibió la ordenación sacerdotal. Se ocupaba del ministerio en el Santuario de la Beata Virgen María de la Cabeza, en Andújar. Recibió la corona del martirio juntamente con el Siervo de Dios Segundo de Santa Teresa, el 31 de junio del año 1936.

4. Padre *Segundo de Santa Teresa* (en el siglo Segundo García y Cabezas). Nació el 24 de marzo de 1891 en el pueblo de Barrios de Nistoso. Tras ligarse a Dios con los votos solemnes, en 1910, recibió el sacerdocio en 1914. Fue eximio profesor y predicador. Alcanzó la palma del martirio el 31 de julio de 1936.

5. Padre *Juan de Jesús y María* (en el siglo, Juan Otázua y Madariaga). Nació el 8 de febrero de 1895 en el pueblo de Rigoitia. Pronunció sus votos solemnes el año 1918, recibió el sacerdocio en 1921. En el tiempo de su asesinato (que

V. Decreto sobre el martirio del P. Mariano 123
y compañeros

ocurrió la noche del 2 al 3 de abril de 1937) estaba dedicado al ministerio en el Santuario de la Bienaventurada Virgen María de la Cabeza.

6. Sor *Francisca de la Encarnación* (en el siglo, María Francisca Espejo y Martos). Nació el 2 de febrero de 1873 en el pueblo de Martos. Habiendo entrado en el Monasterio de monjas de la Santísima Trinidad, pronunció los sagrados votos el año 1894. Fue enfermera, sacristana y portera. Derramó su sangre el 13 de enero de 1937.

Los cuatro siguientes varones religiosos, pertenecientes al convento de Belmonte en la diócesis de Cuenca, fueron asesinados juntamente el 24 de septiembre de 1936, tras algunos días pasados en prisión:

7. Padre *Luis de San Miguel de los Santos* (en el siglo, Luis de Erdoiza y Zamalloa). Nació el 25 de agosto de 1891 en el lugar de Amorebieta. Tras haberse consagrado a Dios con los votos solemnes en 1910, recibió el orden sacerdotal el año 1916. Fue profesor y superior del convento de Belmonte, y definidor provincial.

8. Padre *Melchor del Espíritu Santo* (en el siglo, Melchor Rodríguez Villastrigo). Nació el 28 de enero de 1899 en el pueblo de Laguna de Negrillos. Emitió su profesión solemne el año 1921; en 1924 recibió la ordenación sacerdotal. Se entregó a la enseñanza, a la predicación y al ministerio del

confesonario. Por los tiempos del martirio era, desde hacía poco tiempo, superior del convento de Belmonte.

9. Padre *Santiago de Jesús* (en el siglo, Santiago Arriaga y Arrién). Nació el 22 de noviembre de 1903 en el pueblo de Líbano de Arrieta. Se consagró a Dios con los votos solemnes en 1924; recibió el sacerdocio en 1927. Fue maestro y profesor de los novicios.

10. Hermano *Juan de la Virgen de Castellar* (en el siglo, Juan Joya y Corralero). Nació el 16 de mayo de 1898 en el lugar de Villarrubia de Santiago. En 1923 emitió su profesión solemne como hermano laico. Desempeñó los oficios de cocinero y portero, e igualmente cuidó de la enseñanza de la religión a los niños.

Con fama permanente de martirio, se dio inicio a las dos causas de beatificación o de declaración de martirio. De los cinco primeros Siervos de Dios se instruyó el Proceso Ordinario Informativo en Jaén entre los años 1958-1959, de los cuatro últimos en Cuenca, entre los años 1959-1961. De sor Francisca de la Encarnación, el proceso informativo diocesano se instruyó en 1988. De todos y cada uno de los procesos se confirmó la validez jurídica mediante decretos del 16 de noviembre de 1991 y 17 de enero de 1992. Como quiera que en el año 1990, mediante decreto emanado por esta Congregación, estas causas fueron reunidas en una sola, se confeccionó una sola *Positio*, que fue juzgada con éxito

V. Decreto sobre el martirio del P. Mariano 125
y compañeros

positivo por los Consultores Teólogos en la sesión ordinaria del día 2 de abril de 2004. Los Padres Cardenales y Obispos, en sesión ordinaria del día 7 de febrero de 2006, siendo ponente de la Causa el Exmo. Sr. Girolamo Grillo, obispo de Centocelle-Tarquìnia, declararon que la muerte del Padre Mariano de San José y compañeros fue verdadero martirio.

Informado de todo el Sumo Pontífice Benedicto XVI, tras relación hecha por el Cardenal Prefecto, teniendo presentes y ratificando los votos de la Congregación para las Causas de los Santos, en el día de hoy ha declarado: *Que consta el martirio de los Siervos de Dios Mariano de S. José Altolaquirre y Altolaquirre (en el siglo, Santiago) y 9 compañeros de la Orden de la Santísima Trinidad, en el caso y para el efecto del que se trata.*

Quiso también Su Santidad que este decreto se hiciese público y se incluya en las actas de la Congregación para las Causas de los Santos.

Dado en Roma, el día 26 de junio del Año del Señor 2006.

José card. Saraiva Martins
Prefecto

+Eduardo Nowak
Arzobispo titular de Luni, *Secretario*

Publicado en *Acta Apostolicae Sedis*, 98/11 (3 noviembre 2006) 872-875. Traducción del original latino por el autor.



Iglesia trinitaria de Alcázar de San Juan (C. Real)
en la que fue encarcelado el
Beato Álvaro Santos Cejudo Moreno
y en la que actualmente se veneran sus restos

APÉNDICE

EL BEATO ALVARO SANTOS CEJUDO MORENO

Mártir, padre de familia, ferroviario.

Bienhechor de la Orden de la Santísima Trinidad

Nota: Aunque la idea de este librito es presentar a los diez Beatos, mártires trinitarios de Jaén y Cuenca, hemos creído oportuno incluir un apéndice sobre la vida y martirio del beato Alvaro Cejudo, beatificado en la misma celebración que aquellos. Forma parte de la causa del Beato Narciso Esténaga Echevarría, obispo Cluniense (actual diócesis de Ciudad Real) y diez compañeros, martirizados en 1936. El Beato Cejudo fue padre de dos monjas trinitarias de clausura del monasterio de la villa de San Clemente, en la provincia de Cuenca, por lo que le damos el título de *bienhechor*, que las Constituciones de la Orden aplican a los padres de los religiosos. Además, fue amigo de la comunidad de religiosos trinitarios de Alcázar de San Juan, en cuya iglesia fue encarcelado. También en dicha iglesia fueron colocados sus restos en 1997, y en ella se veneran.

Es impresionante la figura de este testigo de Cristo, el Beato Álvaro, cuya glorificación por parte de la Iglesia supone una aportación notable al santoral del laicado del

siglo XX. Su vida transcurre con la sencillez de un padre de familia, ferroviario de profesión, fiel a su fe cristiana incluso en los momentos más difíciles, hasta las últimas consecuencias. Fue un hombre bueno, llevado al sacrificio como cordero manso, simplemente por ser cristiano y tener dos hijas religiosas. Veamos quién era este hombre extraordinario, este cristiano ejemplar, a cuya fe se hace justicia, proclamándolo Beato.

Nació en Daimiel (Ciudad Real), en las primeras horas del 19 de febrero de 1880, hijo de Francisco Cejudo Lara y de María Moreno Chocano. Fue bautizado al día siguiente, en la Parroquia de Santa María la Mayor, imponiéndosele los nombres de Alvaro Santos.

El 17 de junio de 1893 fue admitido en el Noviciado menor de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en Bujedo (Burgos). En este Instituto quedó durante ocho años, con gran satisfacción de sus superiores, tres de los cuales los pasó dando clase a los niños del barrio de las Ventas, en el colegio de Santa Susana de Madrid. Sin embargo, por dificultades familiares, tuvo que volver a la vida civil.

Estableció su domicilio en Alcázar de San Juan; casó con María Rubio Márquez (que falleció en 1931), de cuyo matrimonio tuvieron 7 hijos; 3 murieron pequeños, y de los 4 restantes, 2 fueron monjas trinitarias. Éstas refieren cómo fue un sacrificio para él la entrada de ambas en el convento, sacrificio vivido con generosidad y alegría:

¿Y la generosidad que tuvo para ofrecer a Dios el sacrificio de quedarse solo al irnos religiosas? Se lo dijimos. Él, un poco sorprendido, creyendo que una sola estaba decidida a ir al convento, con los ojos arrasados en lágrimas, nos contestó: «¿Pero me vais a dejar solo?» Y reponiéndose en seguida de su primera impresión, dijo: «Sí; ofreceré a Dios este doble sacrificio; desde ahora mismo tenéis mi permiso». Pronto hicimos los tres un viaje a San Clemente (Cuenca), pues quiso hablar él mismo con la Madre Superiora sobre las condiciones de nuestro ingreso. Sin tener capital, sino únicamente lo que ganaba de su trabajo, se comprometió con gran generosidad a darnos lo que nos hacía falta, considerándose muy dichoso de podernos consagrar al Señor.

Trabajaba como maquinista de tren en la RENFE, donde dio ejemplo de laboriosidad, de hombre religioso, cumplidor del deber con sentido de la responsabilidad. Su tío, fray Genadio Moreno Chocano, Hermano de las Escuelas Cristianas, deponía en el proceso de beatificación de su sobrino:

Era un buen hijo con su madre, un esposo bueno con su mujer, un buen padre con sus hijos, un buen hermano con su hermana, bueno con todos los que le rodeaban, incluso con sus enemigos. Fue bueno con su madre, a la que mandaba medios para su sustento, cediéndole, además, su parte de herencia; la trataba con sumo respeto y veneración, tanto que sus hijos estaban admirados del trato que daba a su madre. Trató a su mujer, cuando estuvo en peligro de muerte y durante toda su vida, como mucho afecto y cuidados. Era bueno con sus hijos, trabajando para mantenerlos en colegios religiosos, para darles una educación espiritual y moral. Era bueno con su hermana, como ella misma declara. Su

comportamiento hacía maravillarse a la gente, que decía: «¡Qué bueno es Cejudo!». Era bueno desde niño. Cuando estuvo en el noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, era afable y servicial con los otros chicos. Siendo ferroviario era piadoso, rezaba el santo rosario, el trisagio a la Santísima Trinidad, oía misa, defendía la religión... Era de costumbres profundamente religiosas, sin respetos humanos, aún entre sus compañeros hostiles a la religión.

Su hermana, Manuela, lo recordaba como un hombre constante en su piedad, muy fervoroso, conforme siempre con la voluntad de Dios, miembro de la Adoración Nocturna que no faltaba nunca a las vigilias de oración ante el Santísimo Sacramento, siempre que se lo permitía su deber. Y una de sus hijas trinitarias, sor Natalia del Sagrado Corazón de Jesús, refiere lo siguiente:

Fue siempre un católico practicante, y como tal lo conocí toda su vida; cuando por viaje obligatorio no podía oír misa en día de precepto, decía: «Lo que ganamos los ferroviarios, Dios no lo bendecirá porque se falta a su divina ley». Cuando enviudó, noté que se entregó aún más a Dios. Le disgustaba que sus hijas quisieran seguir la moda en el vestir. Antes de que fueran al cine, él quería saber qué tipo de película era, y si no era completamente buena nos decía que no fuéramos. Tenía una piedad muy tierna, nos hablaba a menudo del Evangelio y tenía un gran amor hacia el Sagrado Corazón de Jesús. Sabía soportar con resignación las contrariedades de la vida, diciendo: «Dios lo quiere así, hágase su voluntad». Se olvidaba de sí mismo, viviendo únicamente para nosotros. No se quejaba nunca de la comida. Era un gran trabajador, y cuando le decían que pidiera permiso para descansar, él decía: «Ya descansaré en el cielo». Era un buen compañero, aunque exigía

a todos el cumplimiento del deber. Era de costumbres santas, y fue formado religiosamente por los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Un compañero de trabajo, afirmaba que fue un maquinista ejemplar, observante a rajatabla del propio deber, y un padre de familia que supo educar cristianamente a sus hijos. Su comportamiento fue siempre edificante, como católico acendrado, adorador nocturno que nunca faltaba a la vigilia de su turno, muchas veces sin haber cenado tras haber vuelto tarde del trabajo, o aunque tuviera que trabajar el día siguiente a la vigilia. No permitía que se blasfemase en su presencia; huía de las conversaciones no buenas de sus compañeros de trabajo; nunca se le vió en las cantinas ni en los bares. Cuando empezaba el viaje del tren, siempre se santiguaba, al igual que en las comidas. Fue un buen compañero, haciendo los favores que podía a sus colegas de la Renfe. Este compañero, señor Reyes, declaraba todo esto porque lo había visto, habiéndolo acompañado en muchos viajes. Recordaba, así mismo, que a veces algunos compañeros de trabajo se reían de él y le gastaban bromas a costa de su religiosidad, aunque nunca lograron hacerle perder la calma. En los días de ayuno siempre cumplió con la ley de la Iglesia, aunque el trabajo fuera duro y muchos compañeros le insistían en que tomara algo.

Otro compañero declaraba que Cejudo no tenía vicios, que era un hombre tan amante del trabajo y tan cumplidor de su deber que algunos le tomaron tirria por eso. Y otro

más afirmaba que le quería mucho, porque convivió estrechamente con él entre 1934 y 1936, dándose cuenta de que era un gran católico, ejemplar en el cumplimiento diligente de sus obligaciones personales. Este amigo de Álvaro afirma que sabía que comulgaba frecuentemente, lo veía llevar en la solapa su insignia religiosa, y que visitaba mucho a los Padres Trinitarios de Alcázar de San Juan, y a veces pasaba con ellos los días de descanso. «Iba a misa todos los días que podía; yo lo ví en Madrid, yendo a misa al Puente de Vallecas. En aquellos tiempos se necesitaba mucha valentía para mostrarse católico. Distribuía buenas lecturas de la Acción Católica».

Sus hijas recuerdan que repetía jaculatorias, especialmente «Señor, aumenta mi fe» y «Señor, ayúdame a perseverar». Fue especialmente devoto del Sagrado Corazón de Jesús; entronizó su imagen en el hogar familiar, con una fiesta en la que participó toda la familia y algunos invitados, que fue para él un momento de profunda e intensa fe. Cuando pasaba con el tren por la zona de Getafe, disfrutaba viendo el Monumento del Cerro de los Ángeles, lugar por el que sentía profunda veneración. Rezó diariamente el rosario, e insistía a sus hijas en que lo rezaran con la mayor devoción. Una de ellas confiesa que a veces le venía sueño, y su padre le decía que lo rezara paseándose.

Cuando cobraba la mensualidad, entregaba todo a su mujer; cuando ésta murió, daba todo a sus hijas, «hasta el último céntimo», no quedándose con nada para él. «El olvido que tenía de sí mismo es cosa difícil de practicar. Su diversión y contento los hallaba en el fiel cumplimiento de sus deberes de estado y empleo». Por otra parte, mientras vivió su anciana madre, le pasaba una cantidad para sus necesidades. Ya dijimos que renunció a su parte de herencia paterna, en favor de su madre. Y dijo a sus hijas que él no fumaba, con el preciso fin de poder mandarle a su madre lo necesario para vivir. En vez de atribuirse a sí mismo, a su trabajo y esfuerzo, el bienestar de que no faltara lo necesario para vivir, decía a la familia que volvieran los ojos a Dios para agradecerle todo don, añadiendo: «Hijas mías, no seáis como el cerdo que está debajo de la encina llenando el estómago con las bellotas que de ella caen, y no alza los ojos ni ve de dónde vienen».

Fue solidario con los demás en sus bienes materiales, especialmente con las misiones.

El año que murió nuestra madre tuvimos gastos excesivos y nos encontrábamos muy escasos de dinero. Llegó el último domingo de octubre, día en que se hace la colecta para la Propagación de la Fe. Al irse a misa, mi padre me dijo: «Dame dinero para la colecta de hoy». Le saqué lo que teníamos: un duro y 2,50 pesetas en calderilla. Cogió la moneda de cinco pesetas. Al decirle yo: «Padre, todavía faltan doce o trece días para cobrar», me contestó: «Hazte cuenta que no damos nada, que lo damos al que todo lo da, y Él

hará que podamos pasar estos días con lo que tenemos en casa». Así sucedió. Esas palabras eran muy frecuentes en él, y gustaba y se complacía mucho en socorrer a la Iglesia en todas sus necesidades, diciendo siempre que Cristo era el pobre desconocido, y por tanto el menos socorrido.

Quiso mucho a su esposa, María. Ella alababa siempre la bondad de su marido, quien la cuidó con todo cariño durante su última enfermedad, que duró varios meses. «Cuando Dios dispuso llevársela –recuerdan las hijas- a pesar de ser para él muy doloroso (siempre nos decía que quería morirse él primero, pues con madre, añadía, nos quedábamos más recogidas), se conformó en todo a la voluntad divina».

Los anticlericales lo miraban mal por mostrarse abiertamente como creyente. Existen muchos testimonios coincidentes al respecto. Desde 1931, en que se manifestó especialmente un ambiente hostil hacia la religión, Alvaro sufrió mucho moralmente entre sus compañeros. Siempre salió en defensa de Dios y de sus ministros, no callando cuando se les ofendía. En una ocasión, señalando el distintivo religioso que llevaba en la solapa de la chaqueta o camisa (una cruz con la inscripción *Con este signo vencerás*), le llegaron a decir: «Si no te quitas eso, te matamos». Él permanecía tranquilo, diciendo a sus hijas: «Mis enemigos no podrán hacerme más daño que el que Dios les permita. Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Siendo normal entonces llevar encima algún arma para

defenderse, hubo familiares que le aconsejaron que hiciera otro tanto; él se negó, respondiéndoles: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta». Al final, y simplemente por ser considerado «religioso», «devoto», «beato», y «por tener dos hijas religiosas», fue detenido. Así se explica su hermana, Manuela:

La noche del 22 de julio de 1936, mientras estaba cenando, se presentaron 5 o 6 escopeteros y una miliciana, diciendo que venían a registrar la casa, y así lo hicieron: preguntaron a mi hermano que dónde tenía la pistola, y él respondió que no la tenía en casa, y que se la entregaría al día siguiente, como hizo en efecto... El 2 de agosto, encontrándose mi hermano sentado en su locomotora [en Santa Cruz de Mudela], un fogonero ⁴... que había llegado de Madrid con un tren, oyendo de uno de sus compañeros que el que estaba sentado en la locomotora era un fascista y que tenía dos hijas religiosas e iba todos los días a misa, sacó la pistola para dispararle; se lo impidió un compañero, que le dijo: «¿Qué haces? ¡Así no se mata a un hombre!». Sin pensárselo, [el fogonero] dijo: «Arrestadlo bajo mi responsabilidad», y se lo llevaron a la cárcel de Santa Cruz, lo que me comunicaron pocas horas después, diciéndome que le llevara de comer y alguna manta y almohada, pero que no le llevara colchón».

En el proceso de beatificación declararon tres compañeros de trabajo, que se encontraban presentes en el momento de la detención de Álvaro en la estación de Santa Cruz de Mudela. Confirman, en sustancia, lo dicho por la hermana del Beato, aunque especificando que el fogonero quiso matarlo mientras dormía a la sombra de un vagón de refuerzo. Especialmente interesante son los detalles que

ofrece el tercero de los compañeros declarantes, que es el mismo que disuadió al fogonero de matarlo:

En los primeros días del Movimiento, no sabría decir la fecha, siendo maquinista y conduciendo un tren a Santa Cruz de Mudela, llegué hacia las tres de la tarde, y al separar la máquina del resto del tren para que le echaran el carbón, ví que frente a la carbonera estaba un vagón de refuerzo, y el Siervo de Dios Alvaro Santos estaba descansando a la sombra de este vagón. Su fogonero... dijo a un maquinista de Madrid y a su fogonero: «Ahí tenéis a un beato, católico, que no se merece vivir»; entonces, el fogonero que venía con el maquinista de Madrid... sacó la pistola y dijo: «Aquí lo matamos». Mientras se disponía a disparar, yo le cogí la pistola, que se encasquilló, y le dije: «¿Matas a un hombre porque es católico y trabajador? ¿También os metéis en las ideas?». El fogonero respondió: «Basta, si no lo matamos aquí lo entregamos al Comité, y que el Comité lo mate». El Comité... mandó a varios miembros armados, quienes lo arrestaron y se lo llevaron a la cárcel. Cuando fue arrestado, el Siervo de Dios les dijo: «¿Qué hacéis conmigo? En fin, que sea lo que Dios quiera».

La detención se produjo el 2 de agosto, y desde ese día, hasta el 17 de septiembre sucesivo estuvo preso en Santa Cruz de Mudela. Allí iban a verlo su hermana y su hijo varón para llevarle de comer, aunque no podían dirigirle la palabra por orden de los vigilantes. En la misma prisión se encontraban tres sacerdotes diocesanos que ejercían su ministerio en la misma población (beatos Félix González Bustos, Justo Arévalo Mora y Pedro Buitrago Morales) y cinco Hermanos de la Salle del Colegio de San José (beatos Agapito León, Josafat Roque, Julio Alonso, Dámaso Luis

y Ladislao Luis). Es interesante la declaración de un laico, compañero de prisión de éstos, en que, hablando de los Hermanos de la Salle, da un detalle sobre Cejudo (es una de las pocas noticias sobre su estancia en la cárcel de Santa Cruz):

Los milicianos sentían por ellos un odio especial, diferente al que tenían hacia los seglares: les hicieron barrer las calles, los obligaron a limpiar con las manos los pozos de los baños, insultándoles continuamente, exponiéndolos al público escarnio, provocando los insultos del pueblo hacia los religiosos; y esto casi todos los días. *En estos malos tratos incluían al seglar Alvaro Santos Cejudo*. Les obligaban también a correr durante tres o cuatro horas en el patio, hasta que caían extenuados...⁵

En la prisión se unía a los sacerdotes y religiosos en el rezo del rosario y aprovechaba para confesarse. Una de sus dos hijas monjas supo que «con un compañero de prisión, que era carpintero y que después salió de la cárcel, se animaban mutuamente a prepararse a morir, especialmente cuando, de noche, se oían los cerrojos de las puertas». Otro compañero dijo más tarde a sus familiares que había oído decir a Cejudo: «Cuando somos bautizados se nos perdona el pecado original, pero cuando derramamos la sangre por

⁵ Estos sacerdotes y religiosos fueron sacados de la prisión la noche del 18 de agosto y llevados al cementerio de Valdepeñas, donde fueron sacrificados. Son compañeros de Álvaro en el Proceso de Beatificación, cuyos promotores han sido, precisamente, los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Jesucristo, como la derramaré yo, se nos perdonan los pecados de toda la vida»; «nunca seremos probados más allá de nuestras fuerzas. Dios es muy bueno»; «mis enemigos no podrán nunca hacerme más daño que el que Dios les permita». El hijo de otro prisionero recordaba que «mi padre estuvo en la cárcel con él, y me decía *Cejudo es una excelente persona, soporta con mucha paciencia la prisión*».

El día 17 de septiembre, cuando los familiares de Cejudo fueron a llevarle la cena, les dijeron que se lo habían llevado a Alcázar para tomarle declaración. Finalmente, supieron que lo habían encerrado en el convento de los trinitarios, convertido en prisión. Podemos imaginar su emoción, al encontrarse dentro de la iglesia en la que tantas noches había velado al Santísimo Sacramento como adorador nocturno. En aquellas vigiliias de oración había dicho, en más de una ocasión, que «él daría por Dios todo lo que fuera necesario»; ahora, en el mismo sitio veía abrirse la oportunidad de dar el máximo testimonio de amor hacia Cristo. Aquella misma noche lo sacaron de la iglesia de la Trinidad para llevarlo al cementerio de Alcázar, donde fue fusilado. Poco se sabe de circunstancias particulares de su muerte; sólo que se difundió un rumor por Alcázar de que murió gritando: «¡Viva Cristo Rey!».

El 11 de septiembre de 1939 lo exhumaron de la fosa en que estaba enterrado y lo colocaron en un panteón del mismo cementerio. Añadido al grupo de mártires ya referido, el

proceso de beatificación por martirio fue incoado el 18 de enero de 1956, clausurándose la fase diocesana el 27 de junio de 1958. La Positio fue entregada en la Congregación para las Causas de los Santos el 13 de enero de 1995. Pasó al Congreso de Teólogos el 16 de marzo de 2004; el 21 de junio de 2005 a la Congregación de cardenales y obispos. El 17 de septiembre de 1997 los restos mortales del Siervo de Dios fueron trasladados a la iglesia conventual de la Santísima Trinidad de Alcázar de San Juan. Finalmente, el 28 de abril de 2006, el papa Benedicto XVI aprobó el martirio de Monseñor Narciso Esténaga y de sus diez compañeros, entre ellos Alvaro Santos Cejudo, hombre bueno, ejemplar cristiano, extraordinario esposo y padre de familia, trabajador honrado, que todo lo pudo en Aquel que nos conforta.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
«ENTRE PALMAS Y OLIVOS» EL DÍA
25 DE JULIO DE DOS MIL SIETE,
SOLEMNIDAD DE SANTIAGO
APÓSTOL, EN LOS TA-
LLERES «ALFECAT
IMPRESORES, S.L.»
DE SEVILLA

*

TE MARTYRUM CANDIDATUS LAUDAT EXERCITUS